

Cactus
Serie PERENNE
Buenos Aires - 2007

giordano bruno de la magia | de los vínculos en general



Alguien ha sido quemado en el 1600. Se sospecha que sus ideas cosmológicas irritaron a la Iglesia. Tal es la cómoda autopsia que subsiste hasta hoy. Pero cabe sospechar que hubiera sido quemado dos siglos más tarde en nuevos tribunales, con otra ciencia, o cuatros siglos después, quién sabe. Giordano Bruno esparce pensamientos que incendian por sí mismos en todo tiempo.

De la Magia (1588) funciona como una especie de confirmación práctica de una intuición primera que había recorrido toda su obra –vida–: *la continuidad espiritual del universo*. Ejemplo de Bruno: *Se cuenta que un instrumento en piel de cordero, puesto en presencia de un tambor en piel de lobo, pierde su sonoridad (...): es que el espíritu que está en la piel del animal muerto es capaz de vencer y de someter al otro, en tanto que participa de la antipatía y del deseo de dominación que habitaban en los animales vivos.*

Ante el ceño fruncido, la carcajada. ¿No es verdad?, ¿qué importa la verdad?, ¿o a quién le importa? Solo se trata de mentiras más o menos verosímiles.

Acota Giordano: *No he verificado yo mismo si lo que se dice es exacto: pero esto no deja de aparecer verosímil, y razonable.*

Entonces ¿para quién es falso? Solo para quien no lo percibe así. Años de educación en la verdad nos han inculcado anticuerpos que nos impiden sentir también así. De modo que corregimos, el ejemplo vale menos por lo que confirma que por lo que sostiene, una (otra) hipótesis-mentira bajo la cual se vive.

De los vínculos en general (1590) prolongará la serie. Bajo la misma hipótesis desplegará el funcionamiento efectivo de estos lazos dinámicos, más bien fuerzas vinculantes que vínculos completamente hechos. Y alumbrará el influjo del amor universal (amor de Cupido), en tanto fuerza inmanente que atraviesa todas las relaciones. Se va de lo microfísico a lo macrosocial, de allí que pueda utilizarse también el *De vinculis* como un potente texto-herramienta de filosofía política para pensar-intervenir las formas actuales del vínculo.

giordano bruno de la magia de los vínculos en general

Cactus
serie perenne

*¡Ah!... Prefiero mil veces mi muerte a vuestra suerte;
Morir como yo muero... no es una muerte ¡no!
Morir así es la vida; vuestro vivir, la muerte
Por eso habrá quien triunfe, y no es Roma ¡Soy Yo!
Decid a vuestro Papa, vuestro señor y dueño,
decidle que a la muerte me entrego como un sueño,
porque es la muerte un sueño, que nos conduce a Dios...
Mas no a ese Dios siniestro, con vicios y pasiones
que al hombre da la vida y al par su maldición,
Sino a ese Dios-Idea, que en mil evoluciones
da a la materia forma, y vida a la creación. (...)
¡Mas basta!... ¡Yo os aguardo! Dad fin a vuestra obra,
¡Cobardes! ¿Qué os detiene?... ¿Teméis al porvenir?
¡Ah!... Tembláis... Es porque os falta la fe que a mi me sobra...
Miradme... Yo no tiemblo... ¡Y soy quien va a morir!...*

*Giordano Bruno
(a sus verdugos)*



Bruno, Giordano
De la magia; De los vínculos en general.
1a ed. - Buenos Aires : Cactus, 2007.
120 p. ; 20x14 cm.

Traducido por: Ezequiel Gatto

ISBN 978-987-21000-8-7

1. Filosofía Moderna. I. Gatto, Ezequiel, trad. II. Título
CDD 190

Título original en latín

«De magia»
«De vinculis in genere»

Autor

Giordano Bruno

Título en español

«De la magia»
«De los vínculos en general»

1ra. edición en español - Buenos Aires, Agosto de 2007

Traducción

Ezequiel Gatto
Pablo Ires

Diseño de interior y tapa: dg::loop (dgloop@yahoo.com.ar)

Ilustración de tapa: Vicky Biagiola

Impresión: ABRN Producciones Gráficas

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-21000-8-7

editorialcactus@yahoo.com.ar

www.editorialcactus.com.ar

Índice

Compendas para la presente edición

8

Giordano Bruno

De la magia

11

Giordano Bruno

De los vínculos en general

67

Componendas para la presente edición

Nunca mejor que cuando un concepto se indistingue en lo que dice y lo que hace, una cosa completamente viviente que funciona como un mixto de enunciación y experimentación, como filosofía práctica. Algo de eso pasa con los «vínculos espirituales» de Bruno.

Y se divisa una orilla recurrente, con una embarcación que nunca terminará de arrimar, a un puerto que no existe: una suerte de *materialismo de los espíritus*.

Pequeñas almas se conectan más allá de nuestras voluntades editoriales. Conexiones espirituales a distancia. Así funcionan los *perennes*, o algunos *vivaces*: durante los períodos adversos se pliegan sobre sí a ras del suelo, a la espera paciente de la estación que les sea más favorable. Mientras, preparan la próxima expedición. Los caracteriza el crecimiento perpetuo, pues no se detienen en la reproducción.

En climas cálidos crecen continuamente. Donde el clima es más fresco, crecen y florecen durante la estación cálida del año y su follaje muere (cambia) a cada invierno. Crecen nuevamente desde un refinado -y por tramos indescifrable- tejido o rizoma, más que de una semilla, como sí sucede con los anuales y los bienales (temporales).

En naturaleza, perennes son quienes dominan la mayoría de los ecosistemas, puesto que poseen un sofisticado sistema radicular que les posibilita acceder al agua y a los nutrientes del subsuelo con mayor facilidad aún cuando las condiciones extreman sus posibles. Perennes también los árboles frutales y de nuez -como nogales o almendros-, cuya distinción nos es particularmente sensible, dado que ellos nos alimentan de una fuerza vital.

Este libro nació en Rosario, es fruto de la intuición de Ezequiel Gatto. Una charla fortuita. Un primer instante de curiosidad, paso por el prudente entusiasmo, hasta el día de hoy en que no podríamos concebir nuestra existencia sin este encuentro con Giordano Bruno... No hace falta decir que se trata de magia y de vínculo. Y que ha fortuito se lo llevaron preso... *Azar es necesidad*.

A Ezequiel no vamos a agradecerle, pues este libro es suyo. Sí a Ariel y su gata, a Aníbal y su guitarra, a Mariela P. y su tenaz búsqueda, a Seba y su alegría actual, a Vicky y su apellido, a Susana y su aura, a Fernando Bahr y Diego Tatián, a la Biblioteca de filosofía y letras y sus empleados, a Manuloop y a su chelo herido, a Vera y su alma entera.

Agradecemos a Éditions Allia que muy gentilmente nos permitió cotejar sus notas con las que acompañan el presente texto (Giordano Bruno, *De la magie*, traduit et présenté par Danielle Sonnier et Boris Donné, Allia, París, 2000).

Giordano Bruno

De la magia

De la magia, o de la magia natural, se trata de un tratado de Giordano Bruno, escrito en latín y publicado en 1584. El texto es una obra de filosofía natural que trata de la magia natural, la magia que se produce a través de la naturaleza y no a través de la intervención de dioses o espíritus. Bruno define la magia natural como la "arte de dirigir la naturaleza", es decir, la capacidad de utilizar las fuerzas naturales para producir efectos que no se producen naturalmente. El texto está dividido en tres libros. El primer libro trata de la magia natural en general, el segundo de la magia natural en particular, y el tercero de la magia natural en particular. El texto es una obra de gran importancia en la historia de la filosofía y la ciencia, ya que representa un intento de reconciliar la magia natural con la filosofía racionalista de la época.

Antes de tratar de la Magia, como de cualquier tema, es necesario ver en qué sentido se subdivide la palabra: es que hay tantos sentidos de la palabra *magia* como tipos de magos. *Mago* ha significado en primer lugar *sabio*: lo eran los *trimegistos* en Egipto, los *druídos* en la Galia, los *gimnosofistas* en India, los *cabalistas* entre los hebreos, los *magos* en Persia (desde Zoroastro), los *sofistas*¹ entre los griegos, los *sabios* entre los romanos. En segundo lugar, se emplea el término de *mago* para designar el que cumple prodigios por la sola aplicación de principios activos y pasivos, como vemos hacerlo en medicina y en química: es lo que llamamos comúnmente la *magia natural*. En tercer lugar, se habla de magia cuando se rodea a esas operaciones de ciertas circunstancias que las hacen aparecer como las obras de la na-

¹ Bruno utiliza generalmente este término para designar a los filósofos peripatéticos (discípulos de Aristóteles). Aquí parece darle una acepción más amplia, y designar de este modo a los Sabios de Grecia, sin distinción de escuela filosófica.

turalidad o de una inteligencia superior, y eso a fin de acarrear la admiración por esas ilusiones: este tipo de magia es llamado *magia de los prestigios*. En cuarto lugar, si se recurre a la virtud de simpatía y de antipatía de las cosas, como cuando unas sustancias rechazan, transmutan o atraen otras sustancias (así como el imán y cuerpos parecidos cuyas operaciones no se reducen a las cualidades activas y pasivas sino que atañen todos al espíritu o al alma que existe en las cosas), se habla con toda razón de *magia natural*. Si se añade a esto, en quinto lugar, palabras, fórmulas, relaciones numéricas y temporales, imágenes, figuras, sellos, caracteres o letras, se trata de una magia intermediaria entre la magia natural y la magia extra-natural o sobrenatural, que hay que llamar propiamente *magia matemática*, o mejor aún *filosofía oculta*. En sexto lugar, se habla de magia si uno se entrega al culto o bien a la invocación de inteligencias y de potencias exteriores o superiores, a través de los ruegos, las consagraciones, las fumigaciones, los sacrificios o los ritos precisos y las ceremonias dedicadas a los dioses, demonios y héroes: o sea a fin de atraer un espíritu en sí mismo, para devenir su vaso y su instrumento, y parecer de ese modo sabio (aunque sea fácil purgar esta «ciencia» y este espíritu con un simple filtro), y es la *magia de los desesperados*, los cuales acogen los malos demonios en los que han desembocado al servirse del Arte notorio²; o sea a fin de comandar y gobernar a los demonios inferiores con el apoyo de los principales demonios superiores, honrando y vanagloriando a los unos, esclavizando a los otros a través de conjuraciones y adjuraciones. Se trata entonces de la magia *trans-natural* o *metafísica*, que propiamente se llama *teurgia*. En séptimo lugar, se habla de magia cuando las adjuraciones o invocaciones no tienen por

² El jesuita Martin del Rio, en sus célebres *Disquisiciones mágicas*, define así este arte notorio: *En cuanto a la adquisición de las ciencias por infusión, mediante ciertos ayunos y plegarias, sin que haya allí trabajo humano, así según los preceptos de cierto arte... lo hace por pacto expreso con el demonio, y es pecado mortal. Ellos llaman comúnmente a este arte, el Arte Notorio o de Conocimiento, el cual fue condenado en París en el año 1320.*

objeto los demonios y los héroes mismos, sino que sirven solo de intercesores para hacer surgir las almas de los difuntos, de cuyos cadáveres (todo o partes) se extraen oráculos a los fines de adivinar y conocer cosas ausentes o futuras: este tipo de magia se llama, en referencia a su materia prima y a su propósito, la *necromancia*. Si esta materia llegara a faltar y en su defecto se busca el oráculo por intermedio de un *energúmeno*, un poseído, invocando el espíritu-íncubo que yace en sus entrañas, entonces esa magia merece ser calificada de *pitónica*: tal como aquellos que eran visitados («inspirados», si se puede decir así) por el espíritu de Apolo Pitón en su templo. En octavo lugar, se habla de magia cuando al encantamiento se añaden fragmentos de objetos, vestimentas, excrementos, secreciones, huellas y todo lo que, se cree, ha recibido por simple contacto un poder de comunicación para liberar, ligar o debilitar: semejantes prácticas, en tanto tienden hacia el mal, caracterizarán al mago al que se dice *maléfico*; si tienden hacia el bien, ligándose a ciertos tipos de asistencias y remedios, se colocará al mago en el rango de los médicos; aunque apunten finalmente a dañar al extremo, a dejar morir, se hablará de *magos benéficos*. En noveno lugar, se califica también de magos a todos aquellos que se esmeran en adivinar por un medio cualquiera las cosas ausentes o futuras: ese propósito les vale la denominación general de *adivinos*. Se cuentan entre ellos cuatro grandes especies, que corresponden a los cuatro elementos (el fuego, el aire, el agua y la tierra), de los que derivan los nombres de *piromancia*, *hidromancia*, *geomancia*; o tres, si se funda sobre el triple objeto del conocimiento (natural, matemático y divino), en cuyo caso se habla de otras especies diversas de adivinación. Los augures, los haruspices, adivinan según los principios naturales o según el examen de los fenómenos físicos; segunda categoría, los geománticos se basan en la observación matemática, conjeturando de acuerdo a números, letras o líneas y figuras determinadas, como así también según el aspecto, el brillo y la posición de los planetas y astros análogos; finalmente a aquellos que predicen

recurriendo a las cosas divinas tales como los nombres sagrados, las coincidencias de lugar, ciertos cálculos breves y el examen de las conjunciones, nuestros contemporáneos no los cuentan entre los magos (visto que ellos tienen ese término por peyorativo, por un escandaloso abuso de lenguaje), y en este caso se habla no de magia, sino de *profecía*.

En último lugar pues, los términos de *magos* y de *magia* pueden ser entendidos según una acepción infamante, al punto que la magia ya no posee su lugar entre las categorías citadas anteriormente, y el mago es tenido por un loco perverso que en virtud de un comercio y de un pacto con el diablo, ha adquirido la facultad de prestar asistencia o perjudicar. Tal es la resonancia del término, ciertamente no del lado de los sabios ni de los gramáticos, sino entre los encapuchados³ que han pervertido ese nombre de *magos*, en particular quien ha escrito el *Martillo de las hechiceras*⁴. Es así como el término es empleado hoy por todos los autores de la misma calaña, como nos daríamos cuenta leyendo las apostillas y los catecismos de sacerdotes ignorantes y quiméricos.

Si se pretende emplear pues el término de *magos*, hay que adoptarlo solo luego de haber establecido estas distinciones, luego de haberlo caracterizado; o entonces, si se lo emplea de manera absoluta, es necesario cuidarse de seguir la enseñanza de los lógicos, en particular de Aristóteles en el libro V de los Tópicos, dándole su significación más rica y más elevada. Tal como se la emplea entre los filósofos, esa palabra *magos* designa un hombre que alía el saber al poder de obrar. No subsiste menos el hecho de que ese término, simplemente pronunciado, es generalmente tomado en su acepción corriente, fluctuando a voluntad de esos sacerdotes que filosofan profusamente sobre un

³ En Bruno, este término peyorativo designa siempre a los monjes.

⁴ *El Martillo de las hechiceras (Malleus Maleficarum)*, publicado por primera vez en 1846-1847, era un célebre manual demonológico compuesto por dos dominicos cazadores de brujas, Jacobo Sprenger y Enrique Institor.

malévolo demonio al que se llama diablo, o con otro nombre, según las costumbres y la superstición en vigor en pueblos diversos.

Una vez hecha esta distinción preliminar, concebimos la magia como triple: la divina, la natural y la matemática. Las dos primeras magias están necesariamente clasificadas entre las cosas buenas y excelentes; el tercer género de magia es bueno o malo según que los magos la empleen bien o mal. Aunque en la mayoría de las operaciones importantes, estos tres tipos se prestan mutuo concurso, la malicia, el crimen y el reproche de idolatría se encuentran en el tercer género donde puede suceder que uno se extravíe, que uno se abuse: lo que puede subvertir el segundo tipo, bueno en sí, hacia un mal uso. El género matemático no recibe aquí esta denominación de acuerdo a las categorías de lo que comúnmente llamamos matemática —la geometría, la aritmética, la astronomía, la óptica, la música, etc., sino de acuerdo a la semejanza y las afinidades que mantiene con estas—. La magia posee en efecto semejanza con la geometría por las figuras y los símbolos; con la música por el encantamiento; con la aritmética por los números y los cálculos; con la astronomía por los períodos y los movimientos; con la óptica por las fascinaciones⁵ de la mirada; y, universalmente, con toda especie de matemática, por el hecho de que ella es intermedia entre la operación divina y natural —sea que participe de las dos, sea que se desvíe de las dos— del mismo modo que algunas cosas son intermedias por participación en los dos extremos y otras, en cambio, por exclusión de los dos extremos: en este último caso, uno apenas puede llamarlos intermediarios, pues atañen más bien a una tercera categoría, no tanto situado entre los otros dos como afuera de

⁵ Bruno resume la fascinación de esta manera por boca de un personaje —el mago— de su pieza *Candelabro: La fascinación obra en virtud de un espíritu luminoso y sutil, emitido un poco como una irradiación, por los ojos abiertos: en el esfuerzo que hacemos para fijar la imagen del otro al mirarlo, esos rayos van a herirlo, van a alcanzar su corazón, van a afectar su cuerpo y su espíritu, y a hacerle experimentar amor, odio, deseo, melancolía, o cualquier otro tipo de cualidad pasible.*

ellos. En resumen, según las categorías señaladas, vemos claramente que existe una magia divina, una magia física y una magia que pertenece a una categoría extraña a ambas.

Lleguemos ahora a cuestiones más precisas. Los magos tienen por axioma que, en cualquier obra, hay que conservar en el espíritu el hecho de que Dios influye sobre los dioses; los dioses, sobre los cuerpos celestes o astros, que son divinidades corporales; los astros sobre los demonios que son guardianes y habitantes de los astros—entre los cuales está la Tierra—; los demonios sobre los elementos, los elementos sobre los cuerpos compuestos, los cuerpos compuestos sobre los sentidos, los sentidos sobre el *animus*, y el *animus* sobre el ser viviente por entero: así se desciende la escalera. Luego el ser viviente asciende por el *animus* hacia los sentidos, por los sentidos hacia los cuerpos compuestos, por los cuerpos compuestos hacia los elementos, por estos hacia los demonios, por los demonios a través de los elementos hacia los astros, por los astros a los dioses incorpóreos, de sustancia o corporeidad etérea, por estos al alma del mundo o espíritu del universo, y por esto último a la contemplación de lo Uno, de lo Muy-Simple, de lo Muy-Bueno, de lo Muy-Grande, incorpóreo, absoluto, Suficiente a sí mismo. Es así como se desciende de Dios, por el mundo, hasta la criatura, y como la criatura asciende por el mundo hasta Dios. En la cima de la escalera, Él es acto puro y potencia activa, luz toda-pura; en la base de la escalera están la materia, las tinieblas, pura potencia pasiva que puede convertir todas las cosas desde abajo, como Él puede hacer advenir todas las cosas desde arriba. Entre el peldaño inferior y el superior existen especies intermediarias de las cuales las más elevadas participan más bien de la luz, del acto y de la virtud activa, y las más bajas más bien de las tinieblas, de la potencia y la virtud pasivas.

Por eso toda la luz que hay en las realidades inferiores, se revela allí con más fuerza cuando estas alcanzan las realidades superiores, y todas las tinieblas que residen en las superiores disfrutan de más vigor

en las inferiores. Sin embargo la razón y la eficacia de las tinieblas y de la luz no son iguales: la luz en efecto se difunde y penetra hasta lo más hondo de las tinieblas, pero las tinieblas no rozan siquiera la órbita más pura de la luz: a la vez que la luz comprende ella misma las tinieblas, las vence y triunfa sobre ellas en su infinitud, las tinieblas no comprenden, no dominan ni igualan a la luz: es incluso sorprendente ver como ellas mal sostienen la comparación

A los tres grados de la magia nombrados arriba corresponden tres mundos: el arquetípico, el físico, el racional. En el arquetípico están la amistad y la lucha; en el físico, el fuego y el agua; en el matemático, la luz y las tinieblas. La luz y las tinieblas provienen del fuego y del agua, el fuego y el agua de la concordia y de la discordia; así pues el primer mundo produce el tercero por intermedio del segundo, y el tercero, por intermedio del segundo, se refleja en el primero. Dejando de lado los principios que conciernen a una magia tenida por superstición y que, sean lo que sean, no son buenos para dar al pueblo, nos volveremos hacia la contemplación de aquellos únicos que conducen a perfeccionar su sabiduría y pueden satisfacer a los mejores genios—aún si ningún tipo de magia es indigna de atención y de conocimiento—. Como dice Aristóteles en el prólogo de *De anima*, en lo que suscriben Tomás y otros teólogos llevados a la especulación, toda ciencia atañe a la especie de las cosas buenas. Conviene sin embargo que esas materias permanezcan a distancia del profano, del canalla y de la muchedumbre: puesto que no es nada bueno para el mundo que una raza de hombres impía, sacrílega, y naturalmente criminal pueda conducir al daño más bien que al beneficio de nuestros semejantes.

La fuerza eficiente es doble en su género: naturaleza y voluntad. La voluntad es triple: humana, demoníaca, divina, y la naturaleza antes dicha es doble: intrínseca y extrínseca. La naturaleza intrínseca es ella misma doble: la materia o sujeto⁶, y la forma con su virtud natural.

⁶ Aquí el término sujeto (*subjectus*) debe ser entendido como lo que está sometido

La naturaleza extrínseca también es doble: en unos casos es la imagen de la naturaleza, huella, sombra o luz, y en otros casos lo que permanece en el objeto y en la superficie del sujeto (como la luz y el calor en el sol y los otros cuerpos calientes), y también lo que emana y se escapa del sujeto (como la luz que esparcida por el sol se encuentra en los cuerpos iluminados, y el calor que asociado a la luz en el sol se encuentra también en los cuerpos calentados). Del conteo de esas causas, podemos llegar al dominio de desarrollo de su virtud o a la producción de sus efectos: a partir de la causa primera, pasando por las causas intermedias hasta las causas más próximas y más bajas, pero dejando de lado la causa universal, que no observa más un sujeto que a otro, y no dispone a un sujeto para un efecto particular más de lo que lo ha estado antes; permaneciendo esta causa igual, y su poder inmutable, es en razón de la diversidad de dependencia y de organización de la materia que ella produce efectos diversos, incluso contrarios. Basta para esto un único y simple principio eficiente: después de todo un único sol —único calor, única luz—, a través de un juego de conversión y de aversión, de aproximación y de alejamiento, por acción mediata o inmediata, produce el invierno y el verano, produce las disposiciones contrarias de las estaciones y su sucesión⁷. Es de este mismo principio que procede también la materia, si queremos creerles en esto a los seguidores de la idea de la transmutación de los elementos: el primero de ellos fue Platón, quien a veces ha podido considerar que una materia y un principio eficiente únicos bastan para la creación de todas las cosas. Pero cualquiera sea su operación, lo que observa el primer y universal operador, y que admite uno o varios principios materiales, está forzado a tomarlo en cuenta todo ser que

o subordinado a algo (estar sujeto a), particularmente a los principios activos y pasivos. Y no en el sentido filosófico tradicional de ser individual y autónomo, dotado de pensamiento y responsable de sus actos.

⁷ Esta frase subtiende la representación copernicana del sistema solar, de la que Bruno fue defensor apasionado contra la vieja cosmología geocéntrica defendida por la Iglesia.

se coloque en el plano de las causas segundas, sea hombre o demonio, habida cuenta de la multitud y la variedad de las especies operables y la existencia de varias materias, dotadas de una actividad o de una forma por las cuales el sujeto puede hacer pasar algo al exterior de sí.

Entre las virtudes (las formas o los accidentes) que se transmiten de sujeto a sujeto, unas son manifiestas, como las que son del orden de las cualidades activas y pasivas y de aquellas que proceden directamente de ellas —como calentar y enfriar, mojar y secar, ablandar y endurecer, unido y desunido. Otras son más ocultas y se apoyan en efectos ocultos como alegrar o entristecer, inspirar el deseo o el asco, el temor o la audacia; tales son las impresiones producidas por las imágenes externas gracias a la acción de la facultad intelectual de la que goza el hombre (para las bestias, se habla de facultad estimativa), bajo el efecto de lo cual si un niño o un bebé ve una serpiente, o si una oveja ve un lobo, conciben fuera de cualquier experiencia la imagen de enemistad y el temor de la muerte o de su propia ruina —movimiento que se explica por el sentido interno que producen vivamente, pero indirectamente, las imágenes externas—. La naturaleza, en efecto, concediendo la existencia a las especies, les ha dado al mismo tiempo el apetito de conservarse tales como son; ha impreso además en todas las cosas una suerte de espíritu interior (o si se prefiere, de sentido interno) por lo que reconocen y huyen de sus enemigos más temibles gracias a una suerte de marca. Lo vemos no solamente en las especies dadas como ejemplos, sino en todas las que parecen muertas o débiles, y en las que sin embargo resta un espíritu deseoso de conservar a toda costa la susodicha especie; lo constatamos incluso en las gotas que caen simulando una forma esférica para contrarrestar su caída, y que, una vez caídas, para no dispersarse y perderse, se esfuerzan en concentrarse de nuevo y en reunir sus partículas para volver a formar una esfera. Igual para las pajas, las briznas lanzadas al fuego, las vainas del trigo y las envolturas que se bambolean como si quisieran huir de su propia corrupción. Este sentido ha sido insuflado en

todas las cosas y en toda vida; uno no puede sin embargo hablar de sentido *animal*, lo que según la acepción corriente remite a un alma individual [*anima*], en la medida en que tales partes no pueden ser así calificadas de animales: no, es en el orden del universo que un espíritu único, extendido por todas partes, un sentido presente en todas partes, venido de todas partes, para apoderarse de las cosas, experimenta tales efectos y tales pasiones, como podemos observarlo en todo. Nuestra alma produce la obra de la vida en todo nuestro cuerpo de manera primera y universal, luego sin embargo, aunque ella esté toda en el cuerpo entero, y toda en cualquier parte, no hace todo desde todo el cuerpo o desde cualquier parte: ella hace ver por el ojo, oír por la oreja, degustar por la boca (si el ojo, si los órganos de los sentidos estuvieran por todas partes, verían, sentirían desde todas partes); es que después de todo el alma del mundo, a través de la totalidad del mundo, allí donde ha investido tal materia, produce tal o cual sujeto y, en consecuencia, autoriza tal o cual operación. De suerte que, incluso si está igualmente por todas partes, no obra por todas partes igual porque no es una materia igualmente dispuesta la que le es dada administrar. Así pues, aún si el alma entera está en el cuerpo entero, en los huesos, en las venas, y en el corazón, no más presente en una que en otra parte, ni menos presente en una que en todas, sin embargo ella actúa de suerte que un nervio es un nervio, que una vena es una vena, que también la sangre es sangre, y el corazón un corazón. Y como sucede a esos órganos el estar afectados por un efectuante extrínseco o por un principio intrínseco pasivo, es necesario que el alma obre aquí de una forma y más allá de otra. Este es el principio esencial y la raíz de todos los principios que permiten dar cuenta de todas las maravillas naturales, por el cual nada es demasiado frágil, nada es demasiado débil, demasiado imperfecto, en fin despreciable en relación a lo común, que no pueda ser el principio de grandes operaciones, al provenir del principio activo y del espíritu universal; tanto más cuanto que es muy necesario que se produzca una disolu-

ción a fin de que un mundo nuevo (por así decir) sea engendrado. En efecto, si el bronce es más semejante al oro que la ceniza de bronce, en la transmutación esta ceniza de bronce está más próxima de la forma del oro que el bronce; vemos que de igual forma todas las semillas que se preparan para producir una especie están más cerca de conseguir ser esa especie misma, de lo que están otras especies análogas, próximas y parientes. Quien crea que esto sucede de otro modo merece ser rebajado al rango de quien creería que un signo puede transformarse más fácilmente en hombre que lo que puede hacerlo la semilla —la cual fue pan o cualquier otro alimento, antes de ser depositada en la matriz—. Sin embargo, es inevitable que la semejanza y la forma de la especie estén presentes en toda creación: en el dominio de la fabricación de los objetos, hacemos una casa o una vestimenta según el modelo concebido en espíritu por el artesano; en la creación natural, es según un modelo natural que las especies de cosas son producidas y definidas lo más próximo posible de la formación misma de la materia. Lo vemos bien: el mismo tipo de alimento, el mismo cielo, la misma agua, el mismo lugar se transmutan en sustancia, de perro en el caso del perro, de hombre en el caso del hombre, de gato en el caso del gato: así el perro engendra al perro y el hombre al hombre. De allí resulta que la distinción de las especies es causada íntegramente por la idea⁸ que se presenta de forma general en cualquier lugar de la naturaleza, luego se limita a una u otra especie, según el grado de proximidad de una o de la otra. Desde entonces, para cualquier mago deseoso de ejecutar operaciones semejantes a las de la naturaleza, es oportuno conocer en primer lugar el principio ideal, luego el principio específico de la especie, el principio numérico para el gran número, finalmente el principio individual para el individuo. De aquí procede la confección de las imágenes⁹, modelaje

⁸ *Idea* recibe aquí el sentido platónico que hace de ella un equivalente de *forma*.

⁹ *Imágenes* designa aquí las figuras o efigies empleadas por los lanzadores de maleficios.

adecuado de una muestra de materia, cuyo efecto se encuentra reforzado, por razones evidentes, por el poder y la ciencia del mago. Un buen número de personas practican así maleficios y curaciones, con la ayuda de figuras constituidas por partes determinadas, en comunicación o en participación con aquello a lo que se trata de dañar o de cuidar; la labor está concentrada por tanto sobre un individuo determinado, y limitada a este.

A través de la experiencia de tales efectos (si se dejan de lado otras razones), es manifiesto que ningún alma, ningún espíritu, está en solución de continuidad con el espíritu del universo: y se comprende que este se encuentre incluido no solamente en lo que siente y anima, sino que también está esparcido en la inmensidad, por su esencia y su sustancia, como lo habían comprendido la mayoría de los platónicos y de los pitagóricos. De ahí proviene el hecho de que el ojo aprehende instantáneamente a través de la vista formas muy alejadas sin que hagamos un movimiento, y que el ojo —o algo del ojo simplemente— se lance hacia las estrellas y traiga de nuevo, también rápidamente, estrellas hacia el ojo. Por otra parte, el propio *animus*, con su propia virtud, está presente en el universo bajo un cierto modo, en tanto que sustancia que ciertamente no está incluida en el cuerpo que vive a través suyo, pero que le está ligado estrechamente. Así, a poco que ciertos objetos estén distanciados, algunas especies muy alejadas se unen enseguida a él —y no ciertamente por el efecto de un movimiento—: se trata pues, innegablemente, de una forma de presencia. Es lo que enseña la experiencia a aquellos que han tenido la nariz cortada y a quienes se ha puesto un nuevo suplemento hecho de una carne ajena, si es verdad que la nariz prestada se pudre el día de la muerte del primer propietario de dicho pedazo de carne, al mismo tiempo que el cuerpo del que ha salido. Es pues manifiesto que el alma se esparce fuera del cuerpo, hacia todos los horizontes de su naturaleza. Por eso sucede que ella reconozca no solo los miembros en que ha habitado sino también todos aquellos que ha frecuentado y con los que ha

contraído participación o comunión. Es nulo el argumento que algunos oponen —zonzos a quienes aún les faltan los rudimentos de la filosofía— según el cual uno puede ser tocado sin que el otro sienta nada: eso solo es verdad a condición de distinguir una especie de la otra, un individuo del otro, pero es falso cuando se los descompone parte por parte. Al igual que si un hombre se ha pellizcado el dedo o pinchado con un alfiler en tal punto del cuerpo, el dolor recorre de pronto todos sus miembros, y no permanece en el lugar en que sin embargo ha nacido; del mismo modo, puesto que el *animus* está en continuidad con el alma del mundo, la imposibilidad de penetrarse mutuamente que es propia de los cuerpos no vale para él —si es verdad que en las sustancias espirituales de ese tipo reina un orden diferente—. De modo semejante, innumerables lámparas concurren a la potencia de una luz única, sin que suceda que una impida, moleste o anule la luz de la otra. Sucede del mismo modo con numerosas voces que se elevan juntas en el aire; igual también, con numerosos rayos visuales (para hablar comúnmente) que se despliegan para abrazar el mismo todo visible, penetrando en el mismo medio, unos en línea recta, otros en línea oblicua, sin molestarse mutuamente; sucede del mismo modo en fin, con innumerables espíritus y almas que se esparcen en el seno de un mismo espacio, sin por eso contrariarse al punto de que la difusión de uno impida la difusión de una infinidad de otros.

Semejante virtud no pertenece por tanto solamente al alma, sino igualmente a ciertos fenómenos como la voz, la luz, la vista, en razón de que el alma está íntegramente en el todo y en cualquier parte del cuerpo, y que alrededor suyo, fuera del cuerpo que ocupa, ella aprehende especies enteras de cualquier naturaleza, incluso alejadas. Es la señal de que no está incluida dentro del cuerpo según la acción primera y la sustancia; ella está presente en él no de forma circunscripta, sino simplemente definida de suerte que despliega en él y a través de él sus acciones segundas. He aquí el principio al que se liga la causa, y por el que se descubren la razón y la virtud de tantos efectos que

provocan la maravilla; el alma, esta sustancia divina, desde luego no debe ser una condición inferior a los fenómenos que proceden de ella, y que son como sus efectos, sus huellas y sus sombras. Diría pues: si la voz opera fuera del cuerpo en el que nace, y si está por entero en innumerables oídos alrededor, ¿por qué la sustancia que produce la voz no podría encontrarse íntegramente en diversos lugares y partes, ligada incluso a ciertos miembros?

Es necesario observar además que las facultades ocultas de comprensión no orientan su atención ni su inteligencia hacia todos los lenguajes; en efecto, las voces que son de institución humana no son escuchadas como simples sonidos naturales. Por eso los cantos, sobre todo aquellos de un poeta trágico (como lo nota Plotino) poseen una eficacia extrema para elevar las dudas del alma. De modo semejante, todas las escrituras no son tan influyentes como los caracteres que, a través de un dibujo y una representación determinadas, revelan las cosas mismas; así sucede con ciertos signos inclinados los unos hacia los otros, que se observan mutuamente, abrazándose, y que obligan al amor; otros por el contrario son opuestos, disociados que suscitan el odio y el divorcio; amputados, estropeados, rotos, que llaman a la ruina; nudos para formar lazos, caracteres desliados para deshacerlos. Estos caracteres no son de una forma precisa y definida, pero cualquiera, bajo el imperioso dictado de su furor, o por la vivacidad que pone en ejecutar la operación (a la medida de su deseo o de su execración), designa así un objeto por sí mismo y por la potencia divina: a través de esos nudos y en ese impulso apasionado, pone en movimiento ciertas fuerzas que ninguna elocuencia, ninguna arenga bien madurada, ningún discurso bien escrito hubieran podido mover. Semejantes eran las letras, definidas de manera más adecuada entre los egipcios por el término de *jeroglíficos* o caracteres sagrados, que adoptaban objetos particulares de las figuras tomadas a la naturaleza o a las partes de las cosas. Tales escrituras, tales lenguajes, servían a los egipcios para entrar en conversación con los dioses para la consumación

de efectos maravillosos. Luego de que las letras hubieron sido inventadas por Theuth (él u otro), esas letras que nosotros utilizamos hoy en un tipo de actividad completamente distinta, resultaron una pérdida muy grande para la memoria, la ciencia divina y la magia¹⁰. A su vez, es hoy con imágenes fabricadas a imitación de aquellas de los egipcios, con los caracteres y ceremonias que hemos descrito, fundados sobre gestos y ritos precisos, que los magos explican a través de ciertos signos lo que ellos desean de manera de hacerse escuchar: esa es la lengua de los dioses, que siempre permanece la misma, mientras que todas las otras cambian cada día miles de veces —como permanece siempre ella misma la apariencia de la naturaleza—. Es por esta razón que los dioses nos hablan mediante visiones, sueños que nosotros calificamos de enigmas por falta de hábito, por ignorancia y obtusa debilidad de nuestras facultades, cuando son esas las palabras por excelencia, y los confines mismos de lo que podemos figurar. Pero del mismo modo que semejantes propósitos se sustraen a nuestra captación, nuestras palabras latinas, griegas, italianas se sustraen también a la escucha y a la inteligencia de las potencias divinas, superiores y eternas, que difieren de nosotros en especie, al punto que es muy difícil comerciar con ellas, ¡más aún que entre águilas y hombres! Y tanto como los hombres de tal país no pueden tener intercambio ni comercio si no es por gestos con hombres de otro país sin comunidad de lenguaje, de la misma manera no podemos tener intercambio con un cierto género de divinidades más que a través de ciertos signos, marcas, figuras, caracteres, gestos y otros rituales. Y un mago, sobre todo si él practica este tipo particular de magia que es la *teurgia*, difícilmente podrá obtener un resultado sin recurrir ampliamente a las palabras y a las escrituras de esta especie de magia.

¹⁰ Aquí Bruno alude al famoso mito referido por Platón al final de *Fedro*, en el que Sócrates relata la entrevista del rey egipcio Thamous y Theut, inventor de los caracteres de escritura, «remedio para la memoria como para el saber».

Consideración sobre la comunidad de las cosas.

Es posible desde entonces considerar con confianza la razón por la cual la acción se ejerce no solamente sobre los objetos próximos, sino también sobre los objetos alejados al plano de la percepción: en realidad, como se lo ha dicho, es gracias a la comunidad del espíritu universal, que está por entero tanto en el todo como en cualquier parte. De allí proviene el hecho de que, de la misma forma que diversas luces se concentran en el mismo espacio, también las almas, diversas sobre el plano de la potencia y de la acción, se asocian en el universo, según un número finito o un número infinito. Sucede del mismo modo para los cuerpos, cuyo ser se define y se circunscribe según una superficie y un perímetro y que, habida cuenta de sus diversas e innumerables partes, residen en diversos e innumerables lugares (si por lugar entendemos espacio). Así pues, un cuerpo no puede actuar de ninguna manera sobre un cuerpo, ni la materia sobre la materia, y las partes de una misma materia y de un mismo cuerpo no pueden actuar sobre las otras partes de un cuerpo: toda acción proviene de hecho de la cualidad específica, de la forma, a fin de cuentas del alma. Es ella la que cambia en primer lugar las disposiciones para que a continuación las disposiciones modifiquen los cuerpos. Solamente así, el cuerpo puede actuar sobre un cuerpo distante o sobre un cuerpo próximo y sobre sus propias partes por una suerte de *simpatía*, de alianza, de unión que proviene de la forma. Además, estando todo cuerpo regido por el alma o por un espíritu que anuda las partes entre sí, al igual que sucede que un alma actúe sobre un alma vecina allí donde se encuentre, sucede necesariamente también que ella actúe sobre el cuerpo donde se encuentre, dependiendo el cuerpo de esta alma y sometido a ella. Quien conoce por tanto esta continuidad insoluble del alma, y sabe que ella está ligada al cuerpo por una especie de necesidad, tendrá allí un principio precioso sea para operar, sea para estudiar la naturaleza de manera más verídica. Y se tendrá

inmediatamente la prueba de que el vacío, es decir un espacio sin cuerpo, no existe: un cuerpo no abandona un espacio sin ser reemplazado por otro. Ciertamente, el alma abandona el cuerpo que ocupaba en vida, pero no puede abandonar el cuerpo universal —a menos que prefiramos decir que ella no puede ser abandonada por el cuerpo universal—; dejando un cuerpo simple o compuesto, se transportará a un cuerpo compuesto o simple —a menos que, abandonada por un cuerpo, ella no sea solicitada o incorporada por un cuerpo distinto—. Está pues indisolublemente ligada a la materia universal; por eso, como su naturaleza particular es en todas partes entera y continua, reconoce en todas partes la materia corporal que coexiste con ella. Se sigue en conclusión que el vacío no es un espacio sin cuerpo, sino un espacio en el cual diversos cuerpos se suceden y se mueven; de allí el continuo movimiento de las partes de un cuerpo hacia las partes de otro cuerpo, a través de un espacio continuo, no interrumpido, como si el vacío no fuera más que el mediador entre dos llenos —salvo querer llamar vacío al espacio en el cual no se encuentra ningún cuerpo perceptible—.

Un cuerpo imperceptible es un cuerpo verdaderamente continuo —sin duda espíritu aéreo o etéreo—; está dotado de una actividad muy grande y de una eficacia muy grande, en tanto que es estrechamente conjunto al alma, a causa de su semejanza; por eso se distancia más de la grosería de la sustancia sensible más tosca de los compuestos. Que los cuerpos imperceptibles y espirituales —aquellos de los que procede toda la virtud presente en los cuerpos sensibles— estén dotados de la susodicha eficacia, es lo que muestran el espíritu aéreo que hace afluir y refluir toda la mar, y el indomable empuje de los vientos que, aún con tiempo despejado y sereno, devastan la tierra, destrozan los árboles, abaten los navíos. Como lo apunta tan bien Lucrecio, ese cuerpo espiritual es quien realiza todas las operaciones en los cuerpos sensibles: a su vez la mayoría de los filósofos pensaban que él no difería del alma, de donde la fórmula del poeta para designar el aire, *quantum*

ignes animaeque valent, «todo lo que pueden los fuegos y los vientos¹¹». En cuanto al fuego, ajeno a la materia grosera de los carbones, que solo son cuerpos en combustión, se comprende que él solo difiere del aire por simple accidente. El fuego verdadero es un verdadero espíritu que, al interior de un cuerpo en combustión, está como contenido, adormecido; fuera de ese cuerpo, existe de pleno derecho, pleno de vivacidad; y él está en un estado intermediario en la llama, como puesto en movimiento. Es a través de ese espíritu que, de diversas maneras, son formados diversos cuerpos y seres vivientes. Aún si todos los cuerpos compuestos no son vivientes, sin embargo es preciso considerarlos a todos como animados, aunque no atañan a un único y mismo tipo de actividad, a causa de las múltiples disposiciones de la materia y del objeto de las ideas. Por esta razón él adviene cuando las formas son diversas y opuestas (no sin razón ni especificidad: es así que unas concuerdan con otras), y cuando son opuestos los lugares del impulso y del deseo, unos que huyen, los otros que persiguen —todo esto procede de las modalidades de la composición—.

Todas las cosas desearán conservarse en su propio ser, es a pesar suyo que son arrancadas del lugar de su conservación y de su existencia propia: luchan, oponen una viva resistencia, tanto así como el sol (o el fuego) no atrae a sí el agua a través del espacio aéreo antes de haberla asimilado al aire, es decir de haber mudado su consistencia en vapor; una vez consumada la conversión, la sustancia que antes era agua ya no es atraída a su pesar, sino arrastrada por su propio impulso, esforzándose a ello por consentimiento, por así decir; por eso, aproximándose cada vez más a la naturaleza del fuego, ella finalmente deviene dicho fuego. Por el contrario, el cuerpo muy sutil que, bajo forma de fuego, está contenido en el espíritu, encontrará en sentido inverso la forma acuosa, espesándose y deviniendo materia. Así pues,

¹¹ Virgilio, *Eneida*, VIII, v. 403. En Virgilio, la fórmula remite de hecho a las forjas de Vulcano, y a sus fuelles.

del agua al vapor, del vapor al aire, del aire al cuerpo etéreo más fino y más penetrante, se produce la mutación de una misma sustancia y materia a la que los egipcios, Moisés y Diógenes de Apolonio llaman *espíritu*. Existe divergencia en el hecho de que Moisés no distingue el alma del espíritu (si uno se atiene a su letra, sin prejuizar del sentido), mientras que los otros los han diferenciado. Completamente distinta es la sustancia bruta: ella está formada por los átomos, cuerpos indisolubles, de una sola pieza, no poseyendo continuidad ni divisibilidad, y a causa de ello no convertibles en ningún otro cuerpo; la sustancia del agua, del espíritu o del aire, que es la misma, no se transmutará jamás en sustancia de átomos o sustancia bruta, y viceversa.

Es en suma divina y verdadera, en su extrema conformidad con la naturaleza, la filosofía que ha puesto cosas como principios: agua, o abismo, o Stix; la sustancia bruta, o átomos, o tierra (¡no hablo, ciertamente, del globo terrestre!); el espíritu, o aire, o alma; y, en cuarto lugar, la luz; pues estos elementos se distinguen por el hecho de que no pueden intercambiar sus naturalezas pero todos —aquí más, allí menos, aquí todos, ahí solo algunos— se encuentran y se asocian de manera feliz.

Del doble movimiento de las cosas, y de la atracción.

El movimiento de las cosas es doble: natural, extra-natural. Natural, el que proviene de un principio intrínseco; extra-natural, el que proviene de un principio extrínseco. Por otra parte, es natural el movimiento que está en acuerdo con la naturaleza, la constitución, la generación; extra-natural, aquel que no lo está. Este último es él mismo doble: violento, cuando está contra la naturaleza; ordenado y coordinable, cuando no choca contra ella. El movimiento natural, para hablar comúnmente, se produce según todas las especies y las categorías, sin distinción entre movimiento y mutación. Por el mo-

mento, dejemos de lado todos los otros movimientos y sus especies, y reflexionemos sobre el movimiento natural en función del lugar. Diremos que es de dos tipos: uno pertenece a las cosas constituidas naturalmente y que subsisten en su propio lugar; este movimiento es circular o bien imita el movimiento circular. El otro es el de las cosas constituidas no naturalmente; ese movimiento es rectilíneo. De hecho, el aire se mueve en línea recta para llenar el vacío, la piedra se mueve en línea recta a través del aire, y los cuerpos más pesados, penetrando en el agua, se desplazan a fin de encontrar un lugar en el que descansar inmóviles o bien moverse naturalmente; otro tanto puede hacerse en línea recta, un contrario huye de su contrario, como el humo, el vapor, el agua huyen del fuego (pues es por la línea recta que se va más lejos y más rápido); también en línea recta lo semejante tiende a lo semejante y hacia lo que concuerda con él, como la paja hacia el ámbar, el hierro hacia el imán, a fin de reposar inmóvil o de moverse conjuntamente de manera mejor y más satisfactoria. Es un tercer tipo de movimiento el que es flujo e influjo de todas las partes, resultantes de todos los cuerpos naturales que emiten múltiples formas alrededor; por el momento, llamemos a ese movimiento *esférico*. Él no sigue una línea recta, no es ni centrífugo ni centrípeto, no gira tampoco alrededor del centro, pero sigue líneas en número infinito a partir de ese mismo centro, puesto que a partir del perímetro convexo o de toda la superficie, desde el interior, todos los cuerpos proyectan y emiten algo, luego lo retoman nuevamente y lo recogen en sí mismos; ellos crecen y toman vigor, porque el influjo de los elementos compatibles excede la afluencia, luego envejecen, decrecen, se debilitan cuando el influjo de los elementos extraños y la afluencia de las partes naturales se intensifican. Es por esta razón que al final la corrupción y la mutación alcanzan a las cosas, no siendo toda mutación más que alteración o disolución. Sobre estos dos primeros tipos de movimiento, no hay ninguna controversia de sentido, siendo comúnmente admitidas estas

observaciones y esta enumeración; un examen más profundo revelará que el tercer movimiento es no solamente verdadero y apropiado, sino también necesario. Es sobre todo perceptible en las sustancias que tienen cualidades de extrema sensibilidad, como el fuego que no calienta de un solo costado, o una sola parte, sino que calienta todo el medio alrededor, y cuando se despierta de repente, abraza e ilumina en todas las direcciones; del mismo modo la voz, el sonido, en un medio homogéneo, penetran igualmente alrededor suyo. El sentido olfativo pone también en evidencia que constantemente emanan partículas de las sustancias aromáticas; ahora bien este accidente no llena la atmósfera circundante sin que sea difundido un compuesto a través de ciertas partes, cierta sustancia. Del mismo modo que ese tipo de apariencia, de simulacro y de accidentes sensibles, otros innumerables accidentes ligados a ciertas partes se propagan, mientras que estas partes se encuentran increíblemente alejadas de los minúsculos objetos sensibles de los que emanan: se lo constata fácilmente en esas cosas que continúan conservando su perfume un gran número de años, a pesar de su pequeño volumen. Además de las cualidades o las virtudes sensibles que emanan de los cuerpos en la esfera circundante, son otras, más espirituales y menos volátiles, las que actúan no solamente sobre el cuerpo y los sentidos, sino también sobre las profundidades del espíritu, y alcanzan facultades del alma más enterradas, induciendo afecciones y pasiones. Todo esto es muy claro al observar la virtud de muchas piedras y raíces, de numerosos minerales; es lo que aparece también en las fascinaciones y en la operación activa o pasiva de la suerte echada a través de la ojeada: así el basilisco puede matar a un hombre situado a buena distancia solo por su mirada penetrante.

Cómo el imán atrae el hierro, y la coral la sangre, etc.

De esas premisas se deduce que la piedra de imán atrae por su naturaleza misma. En efecto, la atracción es doble: ciertos objetos atraen ante todo por simpatía, como cuando partes se mueven hacia su todo, como cuando lo que tiene un lugar definido retorna a su lugar, como cuando los semejantes orientan a sus semejantes y los correspondientes, a sus propios correspondientes. El otro tipo de atracción ocurre sin una simpatía semejante cuando, por ejemplo, un contrario es arrastrado por su contrario que lo ha vencido, porque no puede huir de él: así la humedad es arrasada por el fuego, como se evidencia cuando ponemos sobre una cubeta de agua una cubeta llena de fuego; el agua se consume en virtud del calor, al punto de evaporarse en los aires. Esto es manifiesto también en los remolinos y en los tifones que sobrevienen en el mar, y que poseen la suficiente fuerza a veces para elevar por los aires tanto el agua como los buques, a una gran distancia. Bien, ese desplazamiento brutal se debe a tres razones. En primer lugar, por las razones sensibles análogas a los casos que acaban de ser enumerados, según el principio que pretende también que una cosa presente en el aire padezca la atracción y la absorción del aire. Es lo que se observa en las canalizaciones donde circula el agua: si ella remonta su nivel o progresa, es porque siendo atraído el aire contenido en la canalización sin que otro aire pueda tomar su lugar, agua, tierra o cualquier otra cosa acuden a completar el espacio. Y si nada puede acudir a realizar este oficio, el aire es vuelto a llamar y retenido por la fuerza particular del espacio, como bien lo hacen ver los niños que maman o chupan a través de un orificio obstruido: su lengua y sus labios, en virtud del aire que media fuertemente comprimido, se adhieren al orificio y son a su vez como succionados a fin de que de sus poros sea extraído el sople que renovará y reconstituirá lo que ha sido sustraído de ese espacio.

Existe también otra especie de atracción imperceptible, la que el imán ejerce sobre el hierro; a falta de poder relacionar la causa de esto

al vacío o a ese tipo de cosas, lo atribuimos a la afluencia de partículas o átomos salidos de todos los cuerpos. Resulta que, en el momento en que un cierto tipo de átomos alcanzan y encuentran átomos semejantes o afines, de una especie congénere o fecundable, se inflaman entonces el deseo y el movimiento impulsivo de un cuerpo hacia el otro (a menudo el vencido hace así juramento de obediencia a su potente vencedor); todas las partes padecen pues un impulso en el mismo sentido, y es preciso decir que forman un todo. Se lo constata claramente en lámparas encendidas: si una, situada justo debajo de otra, se apaga, a través de su humo o por los soplidos que proyecta (estando estos en una disposición propicia para constituir la llama o el alimento del fuego) la llama de la de arriba descenderá, como capturada, para encender la lámpara más baja; igual en el caso de las pavesas de una antorcha que, para no extenderse luego de haber consumido su propio líquido, se esfuerzan por alcanzar la materia ubicada en proximidad, y no dejan de desplazarse hacia la ubicación de una llama más alta, yendo tras sus pasos derecho o de forma oblicua y estirándose hacia ella. Es lo que sucede a las partículas de hierro que se precipitan desde todas partes sobre el imán, atraídas por otro tipo de cualidad o de virtud (en los objetos naturales y los mixtos de este tipo, cualquier operación no debe ser relacionada en efecto a las únicas cualidades activas y pasivas: incluso si se logra que concurren allí, a veces, de forma necesaria, pero no principal). En verdad, esta atracción proviene de una afluencia de partes producida por ciertos sujetos: prueba de ello es que, si se los frota, el imán y el ámbar adquieren una mayor fuerza para atraer la paja y el hierro. El calor en efecto induce una afluencia más grande de partículas, la que posee un poder de abrir los poros y de rarificar los cuerpos.

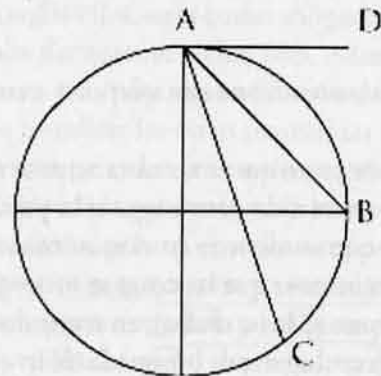
Del mismo modo se explica la capacidad del ruibarbo de atraer la bilis de las extremidades o de las partes periféricas del individuo hasta el intestino cuando tiene un poder suficiente —quizás no lo suficientemente grande para que la bilis sea despedida antes de que ella opere,

pero no tan débil como para que solo ponga en movimiento su humor sin lograr atraerlo—. También en el imán, y en los cuerpos semejantes, la virtud y la eficacia atractiva no dependen de una cualidad activa o pasiva, según las categorías reconocidas de la acción y de la pasión, como en las formas de los cuatro elementos: tenemos la señal de ello en el hecho de que también el hierro, si es tocado por el imán, absorbe la misma fuerza de atracción en relación a otro hierro. Ahora bien, eso no sucedería si el efecto dependiera de una cualidad elemental. En efecto, el calor y el frío, sobreviniendo de manera accidental en los objetos, se desvanecen desde que desaparece la fuente de calor. Por tanto, hace falta relacionar la cosa a la afluencia de partes que, emanando fuera del imán, han fluido al corazón del hierro, y que son sustancia espiritual. Es difícil hallar otra razón a estos efectos, o al menos una razón verosímil; si se admite lo que acaba de ser dado y que se revela sólido en todo punto, se vuelve fácil criticar las quimeras y fantasías por las cuales otros han explicado las razones de la atracción.

A la misma causa, a la misma explicación, se relaciona la propiedad que se concede al diamante de impedir esta atracción; otras sustancias también poseen por naturaleza una virtud afluente que debilita la virtud de la otra sustancia, mientras que otras las intensifican y las aguzan: bien se dice que el diamante imprime la grandeza del alma en quien lo porta.

En cuanto a la atracción del polo magnético, se podría encontrar fácilmente su causa, puesto que esas historias de elevadas montañas de imán pretendidamente situadas en cierta tierra del globo no son más que mentiras (¡difícil es, ciertamente, dejarse convencer por ellas!). Planteamos el problema: se quiere saber por qué una atracción semejante se hace sentir a cualquier distancia. No hablamos aquí de atracción magnética activa, hablamos de atracción pasiva (¿atrae el imán, por otra parte, al imán? ¡No he tenido jamás la experiencia!). Suponiendo que tales montañas existan realmente, y que ejerzan su virtud a una tal distancia: si ellas atraen una aguja ubicada en la zona tórrida

o en los trópicos, sin duda desde nuestras regiones deberían atraer con mayor razón soldados en armadura. Vemos bien que es pura ridiculez. Supongamos que el imán atrae el hierro cuando nada distinto al aire se le interpone, en línea recta, y desde nuestras regiones solamente, hasta esas tierras en que se encuentran montañas y rocas de imán, allí donde al otro lado del mar del Norte, la tierra presenta una fuerte redondez.



El imán atraería pues el hierro (si lo atrajera por razones de similitud) en el caso en que nuestro imán estuviera en el punto A, y las montañas en el punto D; ahora bien debemos situarlas en B o en C, de modo que entre los dos se interponga sea una larga distancia (la recta AB o AC), sea una curvatura importante de la tierra (el arco AB o AC). La explicación tan trillada se encuentra de cualquier forma reducida a la nada. Y a las razones antes dichas, añadimos también esta: esas montañas de imán no poseen la virtud de atraer el imán en razón de similitud, pues si fuera así veríamos una enorme masa de imán atraer una migaja ínfima de imán. No explicaremos por tanto este efecto por la atracción (en virtud de que, como se lo ha dicho, sería mucho más conforme a la razón que el hierro sea atraído en esa dirección), sino al contrario por la huída y la antipatía. La naturaleza de ese mineral y la del hierro son en efecto de carácter contrario: ellos son paridos por la tierra, y siendo terrestres, su consistencia es fría.

A su vez les sucede lo inverso que a casi todas las flores que se exponen al sol y siguen, girándose, su curso en el cielo, como hacen el heliotropo, la flor de narciso, de croco y una infinidad de otras. Desde entonces, afirmaremos con certeza que esas sustancias, en tanto que enemigas del sol y del calor, se orientan y precipitan hacia las tierras adversas más opuestas.

Epílogo sobre los movimientos que afectan a ciertas sustancias.

Descubrimos por tanto que unas sustancias se mueven localmente por varias razones: ante todo para asegurar la persistencia y la conservación de su vida que se sostiene en el movimiento (es en virtud del alma y del espíritu innatos que las cosas se mueven circularmente en su propio lugar, como se lo ha dicho); en segundo lugar, por huída de su contrario; en tercer lugar, por búsqueda de lo que es bueno y apropiado; en cuarto lugar, por expulsión y exclusión determinadas por un contrario; en quinto lugar, por la violenta atracción de un contrario en estado de falta o de deseo de una sustancia convertible en sí mismo; en sexto lugar, por una elección del alma que concurre con la simpatía de la potencia natural; finalmente, por una fuerza violenta que, por arte o también por aprendizaje, obstruye a las fuerzas de la naturaleza y las obliga a volver a otro lugar, o aún también por una violencia que ejerce la naturaleza en persona, quien en tanto es muy fuerte en una parte para hacer mover algo, inhibe la naturaleza de otro móvil de menor potencia y lo debilita. Sucede igual en todos los dominios: es por el flujo de un agua corriente que el flujo de otra es detenida; por ejemplo, cuando los ríos se vierten en el océano, padecen el flujo del mar, al punto de remontar numerosas millas en dirección de su fuente.

Sobre los vínculos de los espíritus.

Se ha dicho más arriba que ciertos espíritus habitaban una materia bruta, otros una materia sutil; que unos consistían en cuerpos compuestos, los otros en cuerpos simples; que algunos eran sensibles, otros imperceptibles. En consecuencia, las operaciones del alma son aquí más rápidas, allí más difíciles, aquí como ahogadas, allí bien adaptadas, en otra parte absolutamente rechazadas. Además, ciertos espíritus operan de manera más potente en función de tal o cual tipo de operación. Así a los hombres les están permitidas operaciones de las que los demonios están privados (e inversamente). En estos últimos por ejemplo, es más rápida la penetración de los cuerpos y la intromisión en los pensamientos, puesto que ellos imponen a los sentidos internos ciertas impresiones que nosotros creemos sentir espontáneamente; esta influencia parece regulada por alguna proporción. Existe analogía con la situación de quien desea llamar la atención: a una cierta distancia, él debe elevar la voz, a fin de que sus propósitos desemboquen por la vía auditiva en el sentido interno del otro: mientras que de cerca, basta murmurar al oído. Un demonio no tiene necesidad de la voz, ni aún del susurro: él penetra directamente el sentido interno, como se lo ha dicho. Es así que los demonios envían sueños, hacen escuchar voces y ver cosas extrañas, pero también sugieren en el estado de vigilia ciertos pensamientos de los cuales ignoramos que nos son dictados por una fuerza exterior, a veces inculcando una verdad a través de enigmas, otras significándola más claramente; otras veces quizás aplicándose en engañarnos. Naturalmente, no todos tienen esos poderes, puesto que todas las cosas se cumplen según un encadenamiento y un orden dados.

Por tanto, no todo está a disposición de todos los espíritus y demonios, no todo les es igualmente posible, ni inteligible. Sabemos pertinentemente que hay muchas más categorías de ellos que cosas sensibles; así algunos son brutos que dañan sin razón, al punto de

vivir por debajo de la sabiduría humana, pero no obstante incapaces de dañar tanto como las bestias feroces y venenosas. Se trata de la especie que Marcos llama «sorda y muda¹²», es decir desprovista de razón: ella no reconoce ninguna orden, no escucha amenaza ni ruego, incluso no las podría entender. Es por eso que los Antiguos se pretendían impotentes para cazar tales espíritus, y decían que su especie no podía ser dominada y vencida más que por el ayuno, la abstinencia, la oración o la elevación del alma hacia Dios. Es más bien asunto de la medicina, puesto que los humores de la melancolía más densos y más terrestres también son como la pastura y el alimento predilecto de esta especie pesada: se recurrirá pues a la medicina para que las reduzca prescribiéndole dieta de alimento o drogas juiciosamente dosificadas.

Hay otra especie de demonios, timoratos, crédulos, que escuchan y comprenden las palabras sin ser capaces de distinguir entre posible e imposible, propio e impropio —un poco como, en los hombres, los visionarios, o aquellos que poseen la imaginación trastornada—. Esos demonios, habitualmente, huyen si se los amenaza de muerte, si se les promete ponerlos tras las rejas o lanzarlos a la hoguera; pero también hay otros, más prudentes, cuya sustancia simple es más aérea, que no son conmovidos por ninguna ceremonia, ningún rito, ningún ruego, y que saben forjar todas las ficciones con su fantasía; ilusionan a los hombres, fingen el miedo, la ira, la piedad, se muestran finos concededores en lenguas como en ciencias, pero no profieren nada sólido —raza odiable que siembra la confusión y la duda en el espíritu y en los sentidos de los hombres—. En cuanto a la especie etérea, pura y luminosa, todos están de acuerdo en decir que ella es absolutamente buena y amiga de los hombres honestos —enemiga de nadie, en verdad—; sin embargo algunos demonios aéreos son amigos de unos pero salvajes enemigos de los otros.

¹² Marcos, 16, 25.

Los demonios del agua y de la tierra son enemigos, o no-amigos, ya que son menos razonables, y por esta razón más miedosos, conforme al adagio: «Odan quienes temen¹³». Ellos aman dañar.

Los demonios del fuego, que son propiamente nombrados dioses y héroes, son llamados ministros de Dios: son aquellos a los que los cabalistas llaman Fissim, Serafín, Querubín, y de los que el profeta de los salmos ha dicho: «Ha hecho de los vientos sus ángeles mensajeros y de las llamas de fuego, sus ministros¹⁴». Basilio y Orígenes deducen de esto con razón que los ángeles no son perfectamente incorpóreos, sino que ellos son sustancias espirituales, es decir seres dotados de un cuerpo extremadamente sutil, lo que la revelación divina da a entender a través de los fuegos y las llamas de fuego.

Dentro de cada categoría de espíritus, encontramos presidentes, príncipes, pastores, generales, gobernadores: jerarquía que permite a los sabios y a los potentes dominar y dirigir a los débiles y los ignorantes. Esta dominación no es eterna, pero no es tan efímera como la vida humana, puesto que su vida no tiene, por numerosas razones, relación con la nuestra: en efecto es más fácil para un alma ser asociada a un cuerpo simple que a un cuerpo compuesto de contrarios, como es el nuestro. Se sostiene con facilidad que esos espíritus poseen cuerpos expuestos a las pasiones —al igual que el aire y el agua están más expuestos a las pasiones que ciertos cuerpos compuestos—. Pero en consecuencia ellos se reconstituyen con la misma facilidad con que el aire dividido se reúne nuevamente, o las aguas divididas se reúnen tras la estela. No es por fantasía, ni por una simple imagen poética, que Virgilio afirma que Eneas ha sumergido las sombras en el terror al surcar la infernal estancia con su espada desenvainada¹⁵.

¹³ Cita de Ennio (fragmentos trágicos), que Bruno ha encontrado sin duda en Cicerón, *De officiis*, II, VII, 23.

¹⁴ *Salmos*, 103,4. El profeta-salmista es David.

¹⁵ Alusión al canto VI de la *Eneida*, V, 290-294.

Algunos espíritus habitan cuerpos humanos, otros el cuerpo de otros seres vivientes, plantas, piedras, minerales; en suma no hay nada que esté privado de espíritu, de inteligencia —y en ninguna parte el espíritu se ha reservado una estancia eterna que le correspondería por derecho—; la materia flota de un espíritu a otro, de una naturaleza o composición a la otra, y el espíritu flota de una materia a la otra; hay alteración, mutación, pasión y en fin corrupción, es decir separación de ciertas partes y composición con otras. La muerte no es otra cosa que una disolución. A su vez ningún espíritu, ningún cuerpo desaparece: no es más que una mutación continua de las combinaciones y de las actualizaciones.

Según las diversas actualizaciones que emanan de la diversidad de las combinaciones, existen diversas amistades y odios. Se lo ha dicho, todas las cosas desean perseverar en su ser presente, mientras que, de un estado distinto, que sería nuevo, nada saben ni nada pueden decidir; por eso existe recíprocamente un lazo general de amor del alma para con su propio cuerpo y, a su manera, de ese cuerpo para con su alma. De allí proviene, nacida de la diversidad de las naturalezas y de los impulsos, la diversidad de los vínculos que encadenan los espíritus como los cuerpos: es eso de lo que habrá que tratar después de haber dado precisiones sobre la analogía que existe entre los espíritus y los compuestos.

La analogía de los espíritus.

Porfirio, Plotino y otros platónicos asignan a los espíritus cuerpos tales que los más puros y los más perfectos, designados también con el nombre de dioses, están hechos de la sustancia corpórea más simple y más pura; pero aquellos que están hechos de elementos brutos no están privados por eso de la participación de un elemento sutil: los espíritus aéreos llevan el aire mezclado con el fuego, los espíritus

del agua llevan aire y fuego, los terrestres llevan aire y agua mezclados con fuego. Son sustancias invisibles, a causa del carácter tenue de los cuerpos; pero los espíritus terrestres y los espíritus del agua se vuelven visibles con facilidad, condensando o espesando su vapor, y son susceptibles de aparecer en el aire sereno y tranquilo de las regiones más límpidas del cielo. Me ha ocurrido por otra parte verlos al pie de los montes Libero y Lauro —y no solo a mí: ellos aparecen con frecuencia a los habitantes de esos lugares, a quienes testimonian alguna hostilidad (desde luego medida), llevando u ocultando los animales del rebaño para dirigirlos al establo unos días después—. Se tienen numerosos testigos en las minas de oro y las galerías subterráneas, por ejemplo en Cévennes, de sus frecuentes apariciones a los mineros: a veces los hostigan, otras veces los ayudan, otras aún les hacen ver derrumbes ilusorios. Colocamos en esta última categoría a los demonios que yo mismo he encontrado cerca de Nola, en el templo de Porto, en un lugar aislado, y bajo una roca al pie de ese monte Cicala que en otro tiempo albergaba el cementerio de los apestados. Muchas personas que pasan por allí al anochecer los encuentran: por mi parte he sido sorprendido por una lluvia de piedras que, rebotando con una gran fuerza, han hecho fallar un poco mi cabeza y mis miembros; me sentía perseguido de muy cerca, y sin embargo no he conservado ninguna huella de herida, como aquellos que han testimoniado el mismo fenómeno. Psellus menciona esos espíritus en su obra *Demonios*, llamándolos *lucifugum* y lanzadores de piedras, cuyo asalto resta siempre vano.

No solamente los sentidos, la experiencia y la razón afirman que existen demonios subterráneos, sino también cierta autoridad divina alojada en la muy sabia y elevada filosofía del libro de Job. Este último, maldiciendo el día de su nacimiento, dice así: «¡Perezca el día en que he nacido!», etc., luego algunas frases más adelante, añade: «¿Por qué ha sido dada la luz a un desgraciado y la vida a aquellos que viven en la amargura del corazón?», y también: «¿Por qué no he muerto en el instante en que salía del vientre de mi madre?». «Por qué no he

desaparecido como se oculta un feto abortado por naturaleza». «Ahora dormiría en silencio y descansaría en el sueño, con los reyes y los príncipes de la tierra que edifican soledades y llenan sus residencias de dinero¹⁶». Nada conviene más exactamente a nuestro propósito que estas palabras pronunciadas por la misma boca de Job.

Por otra parte, como se lo ha dicho más arriba, otros espíritus están incluidos en otros cuerpos, sus niveles distribuidos según un orden fijo y una cierta equidad. Orígenes, Pitágoras y los platónicos cuentan a ciertos hombres entre esos demonios: no son buenos, sin duda, pero son capaces de enmendarse —o de empeorar, según que tiendan a escoger una vida mejor o aún más vil—. Por eso los teólogos cristianos o las más estimables sectas de filósofos llaman a ese tipo de vida una vía o un pasaje, un peregrinaje o una lucha. Un juicio similar puede sostenerse sobre otros tipos de coexistencia. Además, cuando el alma (o el espíritu) llega a ser la mejor de entre ellas, se comprende que se mantenga de manera durable. Es lo que decíamos al comienzo: toda sustancia espiritual se reduce a una, toda sustancia espiritual se reduce a una tríada: el alma, Dios y la inteligencia primera por encima de todas las cosas, el alma del universo.

Añadamos que es muy probable que todas las enfermedades sean malos demonios: se puede por tanto, a través del canto, la plegaria, la contemplación y el éxtasis, expulsarlos del alma —o evocarlos allí por prácticas contrarias—. No se puede negar que ciertos hombres controlan a los espíritus dominantes en virtud de los cuales triunfan ante ciertos tipos de enfermedades, como se dice de Ciro y de otros reyes de Persia que curaban a los esplenéticos tocándoles el pulgar. Lo sabemos de los reyes de Francia: ellos detentaban el mismo poder de curar los lamparones por la caricia del pulgar; y el séptimo hijo nacido del

¹⁶ *Job*, 3, 1-20. Bruno propone una lectura muy libre de ese pasaje, interpretando «los reyes y los príncipes de la tierra» como los demonios subterráneos que frecuentan los yacimientos de metales preciosos.

mismo padre sin que ninguna hija se intercale puede, eso se dice, hacer lo mismo con su saliva.

La prueba de que los demonios son de naturaleza corpórea, tan diversos y variados como diversos y variados son todos los tipos de cuerpos, es que experimentan afectos, deseos, movimientos de ira, celos, idénticos a los que sienten los hombres y los seres compuestos de materia más espesa y sensible. Son aquellos que han inventado los sacrificios y las masacres de animales cuya pompa y alabanza, pretenden ellos, les dispensan un placer extremo; y es preciso que sean de un temperamento muy afín al nuestro, si es cierto que experimentan respecto a todos los pueblos y naciones extranjeras, sin excepción, sentimientos de odio y aborrecimiento. Algunos de esos demonios poseen un nombre, un renombre, de poder; los otros son más plebeyos, aquellos que los romanos llamaban «divinidades patelares¹⁷», o domésticas, y que no recibían seguramente ni sacrificios ni ofrendas. En verdad, no es creíble que tales manjares les fueran tan necesarios como agradables (¡ellos son capaces de procurarse por sí mismos su propia subsistencia!); sin embargo se ha imaginado que era el colmo del lujo, que no podrían dárselos sin los buenos oficios de los hombres; pues por más que pudieran conocer muchas cosas mejor que nosotros, existen muchos de ellos que no pueden mover ni transformar tanto como nosotros por sus propias fuerzas, a causa de su composición más espiritual, más elevada y delicada. Están los que se complacen más por las fumigaciones: bastaba en otro tiempo rendirles homenaje con incienso, azafrán, almizcle, ámbar y flores aromáticas.

Se cuenta que aquellos que encuentran alegría en los himnos, los cantos y los instrumentos de música son de más noble y eminente condición.

¹⁷ Más comúnmente llamados *dioses lares*, protectores del hogar.

Por encima de la condición de esos demonios se sitúa la de Dios que, por naturaleza, «no tiene ninguna necesidad de nosotros, no es sensible a los favores ni tocado por la ira»¹⁸: en efecto, ser afectado por nosotros en mal como en bien solo concierne a aquellos que, por un pacto, pueden exigir o recibir de nosotros algo que a sus ojos posca algún interés, algún efecto gratificante; ahora bien, eso parece convenir muy poco a seres establecidos en la felicidad más alta.

En conclusión, es preciso afirmar con seguridad y conservar en el pensamiento que todas las cosas están llenas de espíritu, de alma, de potencia superior, de Dios o de divinidad, y que el intelecto y el alma están en todas partes íntegras aunque no hagan todo en todo lugar. Es a lo que alude el poeta, inspirándose para ello en la doctrina pitagórica:

*Principio caelum et terras camposque liquentes
Lucentemque globum Titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et totus se corpore miscet.
Hinc hominum pecudumque genus vitaeque volantum
Et quae marmoreo fert monstra sub aequore pontus*¹⁹.

Y ante todo, el cielo y las tierras, las planicies líquidas, el globo brillante de la luna, y el astro titánico, un soplo interior los nutre; infuso por todos los miembros, el espíritu mueve toda su masa, y se mezcla al gran cuerpo. Hombres y animales, pájaros, todos extraen la vida de allí, Y esos monstruos que las olas llevan bajo su planicie marmórea.

Este es también el sentido que todo el mundo atribuye a los arcanos sagrados, como en el salmo y el Libro de la Sabiduría: «El espíri-

¹⁸ Lucrecio, *De rerum natura*, II, V. 650-651.

¹⁹ Virgilio, *Eneada*, VI, V. 724-729.

tu del Señor ha llenado el mundo, y lo que contienen todas las cosas», y por otra parte «Yo lleno el cielo y la tierra».

La sustancia corpórea se distingue de una tal sustancia de pensamiento, de alma, de espíritu sublime, en esto: la totalidad corpórea está toda entera en el universo entero, mientras que la otra sustancia está toda entera en cualquier parte, constituyendo una especie de todo y restituyendo la imagen del todo, aquí más vivamente, allí más oscuramente, aquí sobre el modo singular, allí múltiple; y tanto como el aspecto de una misma idea y de una misma luz es restituido por todas las partículas de materia, ella es restituida en su totalidad por toda la materia. Es lo que puede observarse fácilmente en un gran espejo, que restituye una imagen única de una cosa única, y que, aún roto en mil pedazos, continua restituyendo esta misma imagen, indivisa, en cada uno de sus fragmentos. Del mismo modo, las diversas partes e hipóstasis del agua, sustraídas a la totalidad de Anfitrite —es decir del océano universal— reciben diversos nombres y propiedades, pero cuando todas confluyen en un único océano, hallan un único nombre y una única propiedad. Si todos los soplos [*spiritus*] y las partes del aire confluyeran de este modo en un único océano, formarían una única alma, por numerosos o innumerables que fueran. Los filósofos concluyen de esto, concerniendo al principio de la existencia, que hay una única materia, un único espíritu, una única luz, una única alma, un único intelecto.

Retornemos ahora hacia la cuestión del múltiple vínculo de los espíritus, donde estará contenida toda la doctrina de la magia.

El primer vínculo por el cual los espíritus están ligados es un vínculo general en virtud del cual, metafóricamente, el perro tricéfalo de Trivia, Cerbero, portero del infierno, es representado atado. En efecto, una triple facultad es requerida en el brujo vinculador o el mago: física, matemática y metafísica. Sobre la primera descansa la base, sobre la segunda, los escalones, sobre la tercera, la cima de la escalera. La primera comporta la razón de los principios activos y pasivos se-

gún el género; la segunda, la razón de los tiempos, de los lugares y de las causas; la tercera, la razón de los principios y de las causas universales. Es una triple cuerda que a uno le costaría mucho romper.

El segundo vínculo es triple, por el hecho de que es requerido en la persona que opera, en eso sobre lo que se opera, y en eso que está junto a lo que se opera; consiste en la fe, o creencia, y en la invocación, el amor y la afección ardiente asociados a la aplicación de los principios activos a los pasivos. Pues es al alma a quien incumbe cambiar efectivamente un cuerpo o un compuesto, pero es al cuerpo al que incumbe cambiar materialmente el alma. Si eso falta, por poco que sea, podrá hacerse mal, moverse y agitarse, no pasará nada: también el mago más coronado en éxitos es aquel al que muchos creen y que está dotado de mucha persuasión.

El vínculo III tenido por eficaz es el número de los principios, distribuidos en los cuatro puntos cardinales del universo para esas operaciones que se reclaman del cielo y de la naturaleza. Además de esos cuatro, hay principios que no poseen lugar determinado para producir efectos voluntarios y sobrenaturales.

El vínculo IV es el alma del mundo o el espíritu del universo que empareja y junta todas las cosas entre sí; existe por tanto una vía de acceso de todas las cosas hacia todas las cosas, como ha sido dicho más arriba.

El vínculo V son las almas de los astros y los amos de los lugares, de los vientos, de los elementos.

El vínculo VI son las almas o los demonios que presiden las estaciones, los días, los estados del cielo y de los elementos.

El vínculo VII son las almas de los tiranos, de los príncipes y de aquellos que se han distinguido por un renombre que los ha erigido en potencias divinas.

El vínculo VIII son los nombres divinos y los nombres de los órdenes divinos.

El vínculo XIX, los caracteres y marcas.

El vínculo X son las invocaciones, las conjuraciones que son hechas por la potencia de las fuerzas superiores sobre las inferiores, cómo algunos desechan los malos demonios por los buenos, y cómo otros desechan los malos demonios inferiores por los malos demonios superiores. Estos están encantados por los sacrificios, los holocaustos, aterrorizados por las amenazas evocadas en virtud de los rayos y los influjos.

El vínculo XI obra por la virtud del mundo tripartito: elemental, celeste e intelectual.

El vínculo XII es la disposición de quien exige el bien a las personas de bien, la castidad, la honestidad, la purificación, la abstinencia.

Se añaden a esto, vínculo XIII, los ritos y los objetos naturales que contienen los espíritus que están en analogía con aquellos cuyas obras son requeridas.

Vínculo XIV, las modalidades de los ritos según sus especificidades.

Vínculo XV, la fuerza de las consagraciones, que provienen del oficiante, de la plegaria y del ritual.

Vínculo XVI, el conocimiento de las fiestas, de los días y de las horas afortunadas o nefastas.

Vínculo XVII, el conocimiento de las observancias religiosas que consisten en la pureza de los lugares, las abluciones, las imposiciones de manos, las suspensiones, los hábitos, las fumigaciones, los sacrificios, conforme a las particularidades de los objetos y de los medios.

Vínculo XVIII, la aplicación de los principios activos y pasivos, siguiendo el ejemplo de los elementos primeros o muy próximos, luego de las piedras, de los metales, de las plantas y de los animales, según catorce condiciones.

Vínculo XIX, los anillos.

Vínculo XX, las artes de fascinación.

Además de estos vínculos generales, existen otros que están catalogados en los diecisiete artículos de la doctrina de Alberto el Grande. Algunos ya han sido mencionados, otros lo serán bien pronto.

De los vínculos de los espíritus, comenzando por aquel que revela la triple razón del agente, de la materia y de la aplicación.

Para que las cosas sean llevadas a su término se requieren tres factores: la potencia activa en el agente, la potencia pasiva en el sujeto o el paciente (es decir la disposición definida como la aptitud, o la ausencia de repugnancia, o aún la impotencia para resistir: tres términos que se reducen a uno solo, las potencialidades de la materia) y la aplicación apropiada a las circunstancias de tiempo y de lugar, y otros datos concomitantes. Para resumir todos esos factores en una palabra, hablaría del agente, de la materia y de la aplicación; que esos tres factores falten, y cualquier acción es impedida de forma continua. Tomemos no obstante un ejemplo muy simple: un flautista, por perfecto que sea él mismo, está impedido de tocar por la imperfección de su flauta —y la aplicación de uno a la otra es desde entonces vana—. Así pues, la impotencia de la materia afecta de impotencia al efectuante, y de impropiedad a la aplicación. Es lo que generalmente se llama el impedimento continuo de la acción por falta de los tres factores: pero si observa en detalle, la falta puede muy bien provenir solamente de dos de ellos, incluso de uno solo —no desde luego de un único factor circunscrito, sino de un factor que, rompiendo un sello tras otro, penetra el conjunto—. Es el caso si nuestro flautista y la aplicación son perfectos, pero la flauta defectuosa, o bien si el flautista y la flauta son perfectas, pero la aplicación impedida. Sin embargo, cuando la razón íntegra de la efectuación reside en la aplicación, la primera causa coexiste con la tercera; lo efectuante no es entonces otra cosa que un aplicador, y efectuar equivale a aplicar.

No hay nada que sea, por naturaleza, pasivo o activo en relación a cualquier otra cosa: como dice Aristóteles en la *Física*, toda pasión es provocada por un contrario y toda acción se ejerce sobre un contrario —con la única condición de que ese contrario esté dispuesto, de donde la muy conocida expresión: «las acciones de los activos sobre un pasi-

vo bien dispuesto»—. Desde entonces, se comprende mejor que el agua se mezcle con el agua y se difunda en el agua. Eso puede ser obra de la similitud, del reconocimiento o de la complementariedad: a su vez luego de que la unión se ha hecho, lo uno ya no puede ser separado de lo otro. En cuanto al vino puro, es aceptado por el agua tan fácilmente como él acepta, de modo que la mezcla se efectúa; sin embargo las partículas del vino, conteniendo elementos de calor, de aire y de espíritu, no presentan una compatibilidad total, y no se mezclan por tanto a nivel de los átomos: ellas se conservan distintamente en el seno de un compuesto heterogéneo, según una masa reconocible, de modo que hay manera de disociarlos nuevamente, como ocurre para el agua de mar al destilarla para exprimirla el agua dulce (también se la puede hacer pasar a través de vasos de cera). Si la mezcla fuera perfecta, eso sería imposible de realizar. El aceite, por su parte, no se mezcla jamás con el agua, porque las partículas del aceite se mantienen unidas y juntas como enamoradas entre sí: no penetran por tanto las partículas del agua y a cambio no son penetradas. En consecuencia, es preciso prestar gran atención a la aptitud de los diferentes componentes cuando nos proponemos mezclar cuerpos entre sí: todo no es mezclable con todo.

Es preciso pues tomar en cuenta la situación de las partículas, su composición, su especificidad, puesto que por un lado todo es penetrable por todo, y por otro no; y es así para todas las cosas, como lo vemos claramente en el caso de las piedras, de la madera e incluso de la carne, que son penetrables, o más penetrables por una parte o por un lado que por otro: esto es manifiesto en la afluencia de los humores a lo largo de las fibras, porque es más fácil surcar los tejidos leñosos en su longitud; en cuanto a la penetración de los humores, se hace más fácilmente en el sentido de la anchura que en el de la longitud, puesto que según esta disposición los poros insertos entre las fibras presentan sus conductos u orificios.

No hay que examinar solamente la cualidad de las partículas y su situación, sino también la aptitud definida por su forma completa;

hay en efecto pasiones aptas por naturaleza para ser asumidas por un sujeto y que no son asumidas por otro: así el estupor de un pez es causado por un estado de aturdimiento en la mano del pescador, pero no en la red; y para retomar la broma de cierto autor de comedia, si los fuegos del amor abrazan las entrañas e inflaman el corazón, el pecho, por su parte, permanece perfectamente crudo y frío...

Del mismo modo, sucede a veces que la tormenta haga fundir la espada y el acero, sin que la vaina se haya estropeado nada. En la ciudad de Nápoles ha acontecido una historia extraordinaria a una noble joven de una gran belleza, a la que un rayo ha quemado solamente los pelos alrededor de la vulva, se cuenta también que habiendo quemado la madera de un tonel, el rayo puso al descubierto el vino en estado sólido, congelado. La mayor parte de los acontecimientos de este tipo se producen por la razón última y oculta que reside en los átomos de tal fuego, activo sobre un objeto sin serlo sobre otro. Se cuenta igualmente que si el laurel y el águila son las insignias de los generales y de los poetas, es porque ellos jamás son sorprendidos por el rayo: gozan en efecto de la amistad de Apolo y de Júpiter, como príncipes y poetas.

Si no ha sido dado a muchos hombres conocer la misma suerte que esta joven muchacha, es en razón de que no todos tienen la misma composición y temperamento, y no son receptivos a la misma cualidad de espíritu. Parejamente existe en algunos una disposición de espíritu apropiada para impedir llover, para dirigir los vientos, u otros los meteoritos. Aún hace falta relacionar con una cierta composición los fenómenos impresionantes que tienen lugar en los cuerpos: ellos aparecen allí por privilegio de la especie entera o por prerrogativa particular, según las innumerables especificidades de dichos cuerpos.

Es pues sobre tales especies o individuos que los magos realizan observaciones, a fin de apoderarse de los efectos de sus poderes. Los generales previsores ponen a la cabeza de sus ejércitos y se adjuntan como grandes servidores en la guerra no a los nobles, amigos o perso-

nas que les son recomendadas, sino más bien a niños queridos por la fortuna, y que se han acostumbrado a escapar a semejantes peligros con una suerte más segura. De modo semejante, los magos estiman poder apropiarse de las prerrogativas de las virtudes extraídas de tales plantas y tales minerales por una suerte de contaminación, colgándolos de su cuello, llevándolos sobre sí o aplicándolos de alguna otra manera: del mismo modo en que los generales victoriosos, protegidos por la corona de laurel, no temen al rayo.

A todo esto relacionaremos el hecho de que algunas sustancias constituyen venenos para ciertos seres vivientes (así la cicuta es casi siempre venenosa para el hombre), mientras que en general se las considera como alimentos muy agradables y propicios al crecimiento. Así, es necesario analizar según las diversas especies las diferencias entre sustancias nutritivas, sustancias venenosas y antidotos. No es en consecuencia uno de los menores principios útiles a la magia y a la medicina el de distinguir las diferencias en las complejiones, las razones de las enfermedades y de la buena salud, los principios de cambio en los hábitos o en las disposiciones, o los de su conservación por la aplicación de agentes extrínsecos. Bien sabe el químico cómo el aguafuerte actúa sobre las sustancias duras —el hierro, la plata, el bronce...—, mientras que ella actúa muy poco sobre el oro y el plomo; sabe también cómo el mercurio absorbe muy rápidamente el aceite, al contrario rechazado y repelido por el oro. Parejamente, hay en el grano o en el jugo de verbena un poder capaz de quebrar la piedra de la vejiga, mientras que no parece muy nociva en la carne, el hueso, la membrana y los otros componentes del cuerpo.

Algunos relacionan la explicación de tales efectos a la apertura o al cierre de los poros. Lo aceptaría de buen grado en algunos casos, pero me parece poco plausible en los casos principales y más numerosos —como los que he enumerado—. En efecto, no vemos apenas razón para que el aguafuerte penetre una sustancia en lugar de otra por la apertura más amplia de cualquiera de los orificios; igual para el espíri-

tu de la verbena que ataca los cálculos, pero no a los huesos y la carne aunque estén dotados de orificios más dilatados. Y qué decir del diamante que no es cortado por el espíritu de fuego, el más sutil y penetrante de los cuerpos, mientras que se deja penetrar por la sangre del chivo.

Es preciso por tanto atenerse a una razón general: todas las cosas no son pasivas frente a todas, y todos los afectos no interesan a todos los seres, a causa de estas diferencias. Si se quiere una explicación satisfactoria de ellas, es necesario buscar su razón en los efectos y los casos particulares. Sin embargo, estas diferencias y estas formas ocultas no han recibido nombre jamás: no son perceptibles al punto de afectar el ojo o el tacto, en consecuencia están fuera de alcance para la razón que quisiera definir las a partir de las diferencias localizadas por la vista y el tacto. De suerte que solo podemos afirmar de ellas una sola cosa: existen realmente. ¡Y no vamos a creer que sería más fácil para los demonios argumentar sobre la cuestión, si quisieran elucidarla con nosotros sirviéndose de nuestras palabras y del sentido que nosotros les damos!

Segundo vínculo, que procede de la voz y del canto.

Un segundo modo de vínculo procede de la conformidad de números a números, de medida a medida, de instante a instante; y es por eso, decimos, que los ritmos y los cantos poseen una eficacia muy grande. Algunos individuos son más afectados por la armonía propia de la tragedia, otros por la de la comedia, otros aún son afectados indistintamente por todas; y algunos por ninguna, si creemos lo que se cuenta de un emperador bárbaro que declara, luego de haber escuchado ciertas arias de una música muy sabia interpretadas con instrumentos, que él prefería el relincho de su caballo —mostrándose con esto completamente indigno de poseer figura humana—: no hay razón para que él haya sido gratificado con esto.

Nosotros entendemos *canto* en su acepción más general, sin restringirla al canto armonioso, en la medida en que los encantamientos y las fórmulas mágicas más potentes parecen presentar más disonancia que consonancia (algunos han tenido experiencia de ello); y el alma de ese hombre semi-bestial era tal que las notas²⁰ del relincho de su caballo lo podían conmovir más fácilmente. Al respecto, sucede lo mismo con la armonía sensible: el alma de un caballo es vencida por el amor según un número dado, la de un hombre según otro, la del perro todavía según otro, en función de criterios de belleza diferentes dentro de la condición respectiva de las especies singulares. Así pues, como lo expresa el adagio *Asinus ad lyram*²¹, «un asno que dirige su oreja al sonido de la lira», todos los encantamientos no convienen a todos, y del mismo modo que diversos cantos armoniosos vinculan a almas diversas, diversos encantamientos mágicos vinculan espíritus diversos.

Si estos vínculos son tenaces, no es solo porque son percibidos por el oído, o encuentran alguna escucha en el alma (como la voz de Marsus o de Psyllos²², muy potente sobre las serpientes); aún un murmullo secreto, que no llega hasta el objeto a ligar, puede hacer efecto por analogía de espíritu a espíritu (del espíritu que liga con el espíritu que se liga): y de hecho aquellos que se encantan no perciben siempre las palabras de los encantadores, o bien no experimentan su efecto perceptible tan pronto como escuchan.

²⁰ Como aquí, Bruno habla a menudo literalmente de los *números* de la música, sin que se sepa nunca si designa por eso precisamente los intervalos, las relaciones armónicas o las cadencias. La serie muestra sin embargo que este número musical debe ser puesto en relación con ciertas proporciones perceptibles sobre el plano visual (ej.: el número de oro).

²¹ Erasmo, *Adages*, I, IV, 35. Esta fórmula estigmatiza el ridículo de un asno que, por el efecto de un juicio deficiente, se aplica a escuchar una música humana (en otra versión, incluso el asno intenta tocar la lira). Bruno ya hacía alusión a esto en su comedia *Candelabro*.

²² Marsus, hijo de Circe, era rey de un pueblo de Italia, los marses. Psyllos era rey de los psylls, en Libia. Se decía que tenían el poder de encantar a las serpientes, curar de sus mordeduras y destruirlas.

A todo esto se relacionará el hecho de que los números o los aspectos de una voz siembran la confusión entre los números de otra, e incluso embotan su fuerza: así, si se ve uno de esos lobos llamados comúnmente lobos cervarios, uno pierde la voz, y ligado por ese espíritu, no puede articular una sola palabra. Se cuenta que un instrumento en piel de cordero, puesto en presencia de un tambor en piel de lobo, pierde su sonoridad —aún si se lo toca más fuerte, y por más sonoro que sea en otras ocasiones—: es que el espíritu que está en la piel del animal muerto es capaz de vencer y de someter al otro, en tanto que participa de la antipatía y del deseo de dominación que habitaban en los animales vivos. No he verificado yo mismo si lo que se dice es exacto: pero esto no deja de aparecer verosímil, y razonable; aunque la cosa no esté fundada sobre una relación de vida a vida, ni de especie a especie, puesto que el asno no teme menos al lobo de lo que lo hace el cordero, y se encuentra expuesto otro tanto a sus ataques y sin embargo un tambor tapizado en piel de asno, si bien no hace callar desde luego al tambor de lobo cuando se lo golpea con igual fuerza, al menos prevalecerá sobre él por su espesor.

Y aún esto: jamás un laúd encordado en tripa de cordero y otro en tripa de lobo producen feliz armonía. Muchos saben bien que si dos cítaras o dos liras han sido afinadas del mismo modo, y una resuena muy cerca de la otra, no solamente la armonía de una ganará las cuerdas consonantes de la otra, sino que estas se pondrán a vibrar al unísono; lo que es del todo conforme a la razón. Sucede también que, a través de una palabra, un gesto o alguna apariencia semejante, el corazón [*animus*] de alguien sea afectado por la presencia de algún otro al punto de que nacen amistades indisolubles. Hay personas que odiamos solamente con haberlas percibido, como también caemos enamorados sin motivo. A veces este odio y este amor son mutuos, otra veces no: es el efecto de una dominación de uno sobre el otro, una cierta especie de afecto chocándose en el otro a otra especie de afecto —del mismo modo que, cuando vemos un perrito o cuando sentimos

afección por un pájaro, y vamos a su encuentro, ellos son al contrario afectados de temor, huyen de nosotros, y solo expresan hacia nosotros su hostilidad—.

Esta categoría de vínculos atañen a las plegarias y las oraciones a través de las cuales se reclama a los nobles y a los príncipes, mientras que las razones de honor y los pretextos de justicia alegados permanecen sin efecto alguno. A veces, las gracias de un bufón o de un loco tienen tal poder que personas prudentes adoptan, para abusar del espíritu de los príncipes, el hábito de este tipo de discurso, cuyos lazos son mucho más adecuados. Hemos sabido por ejemplo que el Papa Julio III demandaba y recusaba a las personas que le venían a rogar y suplicar con lágrimas; pero si alguien, luego de haberle besado los pies, se aproximaba graciosamente con un chiste, podía obtener de él todo lo que deseara.

Conciérne pues al arte del encantamiento, tanto esta especie de lazo del espíritu que se hace a través de los cantos como las fórmulas mágicas, todo eso de lo que hablan los oradores a los fines de persuadir, de disuadir o bien de sugerir emociones: pero ellos han olvidado toda otra parte de este arte y lo han entregado al cuidado de los magos, de los filósofos o de los políticos retóricos. Sin embargo, Aristóteles lo ha abarcado en gran parte en la *Retórica de Alejandro*²³, que se resume en dos puntos esenciales a considerar: que el encantador se ata en primer lugar a lo que le conviene y agrada, y en segundo lugar a lo que gusta e ilusiona a la víctima del encantamiento y del vínculo, en relación a sus costumbres, a su estado, a su composición, a sus usos —todas cosas que no es lugar aquí para exponer ni recordar—.

²³ Esta *Retórica de Alejandro* no es la *Retórica* que se pone hoy bajo el nombre de Aristóteles; ella es atribuida en el futuro a Anaxímenes de Lampsaco.

Tercera categoría de vínculos, que proceden de la vista.

El espíritu puede ser ligado también por medio de la vista (hemos hablado de esto algunas palabras más arriba), cuando se presentan formas de tal o cual clase frente a los ojos. Las fascinaciones activas y pasivas parten de los ojos, y se insinúan por los ojos, de donde el verso muy conocido: *necio quis oculis teneris mihi fascinat agnos*, «no se qué de sus ojos fascina a mis corderitos²⁴».

Luego, la vista de lo bello despierta el sentimiento del amor; la vista de su contrario, el aborrecimiento y el odio. Y por el rodeo de las emociones que turban el alma y el espíritu, algo se infunde además en el cuerpo, el cual está sometido a la dirección del alma y a la ponderación del espíritu. Existen otros tipos de emociones que son igualmente recibidas a través de los ojos, y que afectan de inmediato el cuerpo de alguna manera: rostros llenos de tristeza nos incitan a la tristeza, a la compasión y a la aflicción, como si nosotros tuviéramos buenas razones para apenarnos.

Hay quienes hacen pasar malas influencias a través de nuestros ojos hasta nuestro espíritu y nuestro cuerpo, pero secretamente, por medios que no podemos estimar —y no obstante con una eficacia extrema—; ellos saben afectarnos a través de ciertas huellas que están en nosotros, por el rodeo, sin duda, del espíritu y del alma múltiples. Ciertamente, una única alma se activa en la totalidad del cuerpo, y todos los miembros obedecen a esta alma única; y sin embargo, debido a que una suerte de espíritu total vivifica el todo —tanto el alma total, como las partes del universo—, la razón de muchas emociones espirituales debe ser relacionada a algo distinto, susceptible de conocer y de vivir, que en nosotros es afectado y turbado por aquello que menos nos afecta y nos turba en el mundo. Así a veces somos alcanzados y heridos más cruelmente por las cosas cuyos golpes no senti-

mos que por aquellas que nos los hacen sentir: muchas cosas vistas, muchas apariencias inoculadas en nosotros a través de la mirada, no comunican una sensación de turbación a las potencias sensitivas abiertas y externas, mientras que, penetrando más profundo, pueden herir mortalmente, afectando tal sensación el espíritu interior directamente como si se tratara de otro sentido, de otra criatura viviente. Desde entonces, no tendremos la ligereza de discutir las tesis de ciertos platonicos y de todos los pitagóricos, que conciben el individuo como una colección de seres vivientes de una vida propia: si uno llegara a morir, aunque fuera el principal de entre ellos, los otros lo sobreviven largo tiempo.

En consecuencia, estimar que somos solamente heridos y afectados por las meras apariencias visibles que inducen una alteración manifiesta de la sensación y del alma, es una evidente estupidez —un poco como si se creyera ser herido únicamente (o más) por golpes percibidos con nitidez o intensidad, cuando hemos experimentado de seguro que la pinchadura de una aguja o de una espina que se instala bajo la piel lleva más al dolor y al suplicio que una espada que les atraviesa el cuerpo, y cuyo efecto más grave, finalmente, se hace sentir sin que hayamos sentido la herida en el momento en que penetraba las carnes—. No hay nada sorprendente en el hecho de que muchas cosas se insinúen vivamente por el ojo para seducir clandestinamente los espíritus, hasta causar la destrucción del alma, sin provocar no obstante la turbación que producen objetos menos nocivos. Del mismo modo, al ver ciertos gestos, ciertas emociones, ciertos movimientos, nos conmovemos hasta las lágrimas, con algunos llegando incluso hasta a caer desmayados a la vista de la sangre derramada, o si asisten a la disección de cadáveres: no hace falta buscar en esto otra razón que un afecto que liga por la vista.

²⁴ Virgilio, *Bucólicos*, III, V. 108.

Cuarto vínculo, que procede de la imaginación.

La función de la imaginación es la de recibir imágenes aportadas por los sentidos, retenerlas, combinarlas y dividir las, lo que se hace de manera doble: ante todo por selección y elección de aquel que imagina —tal es la tarea de los poetas, de los pintores, de los escritores, de los apólogos y en general de todo individuo que compone figuras según un principio establecido—; luego fuera de toda selección y de toda elección. Así el proceso es doble: sea por causa electiva y voluntaria, sea por causa obrante desde el exterior. Esta última causa es ella misma doble: sea indirecta como en el caso de un hombre que, por medio de la voz o de apariciones que pasan por la vista o el oído, provoca ciertas alteraciones; sea directa, en el caso de un ser espiritual o racional, o aún de un demonio, que actúa sobre la imaginación a través de los sueños —e incluso en estado de vigilia—, suscitando imágenes interiores tales que uno cree aprehenderlas por el sentido externo. Es así como algunos poseídos creen ver ciertos espectáculos, oír palabras y frases que ellos sinceramente piensan emanadas de sujetos exteriores; y por eso afirman con una muy fastidiosa insistencia que *realmente* han visto algo, que realmente han escuchado algo, allí donde no son tanto sus sentidos los que se equivocan como su razón. Si escuchan lo que efectivamente escuchan, y ven lo que ven, lo que se presenta a ellos por su sentido interior bajo las especies de un fantasma también están persuadidos de escucharlo como un sonido exterior que se insinúa por el oído, o una forma exterior por la vista; y pretenden que esas elaboraciones de los sentidos interiores son la realidad objetiva. También sucede que se nieguen a ser llevados a una estimación más juiciosa de las cosas a través de las pruebas: preferirían arrastrarlas en sus propias ficciones, y juzgarlas, de verdad, sordas y mudas. Los médicos atribuyen este tipo de alteraciones a la manía y a la melancolía; las califican de sueños despiertos.

Semejante vínculo no es el efecto de una pura causalidad material (tesis que se sostiene en la obstinación muy burda y fastidiosa de algunos médicos de baja estofa), tampoco de una pura potencia demoníaca o diabólica (lo que sugieren, por su parte, algunos teólogos). En realidad, lo uno y lo otro concurren: como causa material, el humor melancólico, que nosotros llamamos la guarida o el baño turco de los demonios saturninos, y como causa moviente o eficiente, el espíritu demoníaco mismo, que no es sustancia completamente incorpórea; en efecto los demonios parecen sensibles a numerosas afecciones animales de las más penosas, a pesar de su sustancia espiritual que la naturaleza ha provisto de un cuerpo más sutil y menos accesible a las sensaciones. La categoría de esos seres no comprende menos especies que la de las criaturas vivientes, complejas y sensibles. Y del mismo modo que un alma definida, por así decirlo, se precipita hacia una semilla definida ubicada de manera congruente en un lugar bien definido; del mismo modo que también ella produce, emergiendo de su seno, una cierta forma de ser o de criatura viviente que hace emerger —de modo que de tal semilla nace un olivo, de tal otra un perro, de otra aún un hombre—; así también en un cuerpo dotado de tal o cual composición, nace más fácilmente tal o cual criatura, pues como dice el poeta: *Hic segetes, illic veniunt felicius uvae*, «Aquí brota felizmente el trigo, en otra parte, la vid²⁵». Desde entonces, de la buena armonía y composición del corazón, del cerebro y del espíritu de cierto ser, como al contrario de su desequilibrio y desarreglo, nacen, como en su propio campo y de su propia semilla, el espíritu del bien o el espíritu del mal, y el principio de las intenciones buenas o malas. Así pues, por una causalidad recíproca, tal cuerpo lleva a tal alma a la existencia y tal alma lleva a tal cuerpo a la existencia en virtud de lo que llamamos la diferencia y la subsistencia sustanciales y específicas; un espíritu se acerca a tal otro, y del encuentro, causado

²⁵ Virgilio, *Georgiques*, I, V. 54.

por composiciones accidentales o elementos fortuitos, resulta entonces esta influencia de un espíritu furioso²⁶. Este puede perfectamente ser expulsado sea por un encantamiento, es decir por la retórica, por una persuasión afectuosa y saludable que apunte a volver a dar fuerzas al espíritu obseso; sea por la evacuación y la expulsión de la materia nociva mediante drogas purgatorias; sea por alguna poción solar o jovial —jupiteriana—, y otros alimentos apropiados a la vida humana, para suministrar al espíritu un mejor soporte material o para suavizar y atemperar la mala materia que progresa a veces en la complejión. Así pues, el espíritu no ejecuta solo estas operaciones vitales y animales, del mismo modo que el cuerpo no las asegura sin el espíritu. Para llevarlas a término, bien o mal, en el respeto o el desprecio de la regla de la especie, se requieren un principio material y un principio formal o eficiente, según el género. Es sin embargo bastante razonable que, para la curación de los trastornos de la imaginación, y para liberar el sentido interior ligado por ese pacto, basten simplemente la purgación de los humores y la regulación del régimen alimentario. Sin embargo, no extraeremos de ello las mismas conclusiones que un cierto médico de cerebro muy abrumado, quien, bajo el título de *Milagros ocultos de la naturaleza*²⁷, ha dado a luz más necedades que las letras y sílabas que ha trazado. Del hecho de que, a través de la secesión y la evacuación de los humores, estos espíritus son despedidos y expulsados con todos sus efectos (efectos imprevisibles, y no obstante sometidos a algún orden secreto), él deduce que esos espíritus no son nada distinto que dichos humores. En ese caso, también podríamos decir que Su Excelencia, que sin duda ha forzado las almas de muchos

²⁶ Es preciso entender este adjetivo en su sentido etimológico: un espíritu *furioso* es un espíritu animado por el *furor*, es decir *poseído* por un entusiasmo, una inspiración o un delirio de origen sobrenatural, según la teoría platónica difundida por Marsilio Ficino. Cf. una de las grandes obras de Bruno, *Furores heroicos*.

²⁷ *De occultis naturae miraculis*, de Levinus Lemnius.

pacientes a salir de su cuerpo «por secesión», tiene la propia alma por un humor o un excremento... Y si se hallara forzado a abandonar casa y patria, a falta de poder ganar su subsistencia, echado por su ignorancia de la medicina y su desconocimiento de las apariencias y del lenguaje de la naturaleza, ¡entonces habría que creer que él mismo pertenece al género de esas materias de las uno se libera!

Como suceda que los sentidos estén ligados y sometidos de todas esas formas, la medicina o el mago deben conceder una viva atención al trabajo de la imaginación: ella es la puerta principal y el acceso principal de las acciones, de las pasiones y de todos los afectos que pueden conmover a un ser viviente. De este tipo de ligazón procede otra, más profundamente potente, que es de naturaleza intelectiva.

Quinto vínculo, que procede de la facultad intelectiva.

El vínculo de la imaginación es en sí leve si las fuerzas intelectivas no lo redoblan. En efecto los espectros que ligan y encadenan el espíritu del idiota, del sonso, del crédulo y del pobre supersticioso son objeto de burla, despreciados y considerados sombras vanas por una inteligencia sensata, bien nacida y rigurosa. A su vez todos los operadores, magos, médicos o profetas, no llegan a nada si falta cierta fe previa: en efecto ellos operan según los números de esta fe. (Aquí, entendemos «fe» en un sentido más universal que aquel que es adoptado por otros, individual o colectivamente.)

Esta fe es obtenida por el efecto de disposiciones previas, que están bien ordenadas en algunos, pero como perturbadas en otros. Las ligaduras son potentes, emanan de las palabras de hombres elocuentes de esta especie que hace nacer y favorece cierta disposición en la imaginación, única puerta de todos los afectos internos y, de hecho, vínculo de los vínculos. De allí la sentencia bien conocida de Hipócrates: «El más eficaz de los médicos es aquel en quien confía el mayor número»

porque liga a la mayoría de las personas por su elocuencia, su presencia, su renombre. Y esto no vale solamente para el médico, sino también para cualquiera que practique cualquier otro tipo de magia, o detente cualquier otro título de potencia —siempre y cuando el operador del vínculo disponga de otros medios de despertar la imaginación—.

Los teólogos creen, aceptan y profesan en sus discursos sobre un fulano que podría realizar todo por sí solo²⁸, el que no obstante no podía curar a aquellos que no creyeran en él: esta impotencia se explica por el fracaso del vínculo de la imaginación; sus cercanos en efecto, que lo sabían de extracción humilde y de mediocre instrucción, lo despreciaban y tomaban en burla como médico y como adivino (de allí el proverbio «Nadie es profeta en su tierra»). Así pues, puede ser más fácil ligar a aquellos de los que uno es poco conocido, al contar con su expectativa y su disposición a sumar fe: cuando la potencia de su alma se dispone de cierta forma, se abre y se despliega (como si, en cierto modo, se abrieran ventanas antes cerradas para dejar entrar el sol), entonces queda libre el camino para las impresiones requeridas por el arte del mago-vinculador, las que impondrán luego los lazos correspondientes: la esperanza, la compasión, el temor, el amor, el odio, la indignación, la ira, la alegría, la resistencia, el desprecio de la vida, de la muerte, de la fortuna, y todos aquellos cuya energía se transporta del alma hacia el cuerpo para transformarlo.

Determinar cómo actúan los otros tipos de vínculos ya enumerados que derivan de la fe y de la esperanza, no requiere de especulación profunda. En cuanto a las potencias más espirituales del alma —la memoria, la razón, la experiencia, el entendimiento y el pensamiento—, ellas no competen a la presente reflexión, si es verdad que su actividad no tiene influencia sobre el cuerpo y no lo transforma: si

²⁸ Se trata de Cristo; este desarrollo breve y desenvuelto, rozando incluso la burla, parafrasea el evangelio según Mateo, 13, 54-58, y según Marcos, 6, 2-5.

existe en el origen cualquier modificación en esas potencias, antes de la intervención de la facultad intelectual, esta se manifiesta principalmente en sus efectos, a partir de esta facultad intelectual. De allí proviene toda fuerza mágica activa y pasiva, que se ejerce hasta tanto las especies estén sometidas a los lazos mágicos. Y como afirma Plotino, tanto los sabios como los locos pueden estar ligados a través de los principios naturales que encierra esta fuerza —a menos que surja del sujeto un principio capaz de rechazar, o de contener, las ondas mágicas, puesto que como se lo ha dicho más arriba, no todo penetra todo y no todo se le mezcla, del mismo modo que el agua no se mezcla con el aceite—. El propio Plotino testimonia —y Porfirio lo confirma en su *Vida de Plotino*—, que los maleficios a través de los cuales un egipcio se esforzaba en vincularlo y encantarlo se han vuelto contra su propio autor²⁹. Se tratará de ello a propósito de los vínculos según su género.

²⁹ Se leerá esta anécdota en Porfirio, *Vida de Plotino*, 10, y en Plotino mismo, *Enéadas*, IV, 4, 44.

Giordano Bruno

De los vínculos en general

Existe la siguiente exigencia: aquél que debe ligar debe poseer una teoría universal de las cosas, para de esa manera estar en condiciones de aferrar al hombre, que de todas las cosas es, por así decir, su epflogo. En efecto, en la especie humana es posible percibir las especies de todas las otras cosas, sobre todo por vía proporcional o numérica. A manera de ejemplo, de hecho, algunos hombres son relacionados con los peces, otros con las aves, otros con las serpientes o los reptiles, sea según el género, sea según la especie. Además, a cada uno de los hombres le tocan accidentalmente diversidades en los usos, diferencias de costumbres, de objetivos, de inclinaciones, de temperamento, distintas edades; y así como narran de Proteo y Aquiles, es posible imaginar un mismo argumento transmigrando de forma en forma, de figura en figura, de manera tal que para vincularlo se deban utilizar permanentemente nuevas especies de nudos cada vez. Añádase a esto la valoración de los modos de vida de los hombres, los cuales pueden ser

jóvenes o viejos; en cuanto a la ubicación civil, pueden ser mediocres o nobles y ricos y poderosos y afortunados; supóngase además que son envidiosos y ambiciosos; o soldados y mercaderes y otros de esos tipos. Son estas las personas que asumen los diferentes roles de la administración civil, donde obran como medios o instrumentos, lo cual les pone la cuestión de vincularlos a sí. No parece, en definitiva, que realidad alguna escape a una reflexión sobre las relaciones civiles desde esta perspectiva: en la medida en que los hombres vinculan o están bajo vínculos o son ellos mismos vínculos o circunstancias vinculantes. Es por eso que ofrecemos esta maraña de reflexiones que se intitula *De los vínculos en general*.

Las fuerzas que ligan desde una perspectiva general.

I. Especies de las fuerzas que ligan.

Las fuerza que ligan, en perspectiva universal, son Dios, el Diablo, el Alma, el Ser animado, la Naturaleza, la Suerte y la Fortuna, y finalmente el Destino. Esta gran retícula de vínculos, que cubre el universo y no puede ser designada de una manera única, no liga bajo la especie del cuerpo: el cuerpo, en efecto, no alcanza el sentido por sí mismo, sino a través de un género de energía que reside en el cuerpo y del cuerpo procede. Energía que metafóricamente se designa como «la mano que liga»; energía que, preparativos varios mediante, se pliega y orienta a fin de lanzar sus lazos.

II. Efectos de las fuerzas que ligan.

Esta es la fuerza que ligando adorna la mente con el orden de las ideas, como dicen los platónicos; colma el alma con la secuencia ordenada de las argumentaciones y los discursos bien calibrados, fecun-

da la naturaleza con numerosas semillas; da forma a la materia en la variedad infinita de sus situaciones; vivifica, aplaca, acaricia y estimula toda realidad, y la ordena, la vitaliza, la gobierna y la inflama. Esta es la fuerza que ligando mueve toda realidad, la colma de luz, la purifica, la gratifica y la lleva a su plenitud.

III. Se liga con arte.

El artífice liga a través del arte, puesto que el arte es la belleza del artífice. Torpe y obtusamente ve la belleza de las cosas naturales y de las producidas por el arte aquel que no intuye contemporáneamente el ingenio que a todas puso a ser y no se admira de ello. A uno como ese «las estrellas no cantan la gloria de Dios»; y de ese modo, no a Dios, sino a sus efectos, dedicará aquél con alma de bestia su ternura, etc.

IV. El hombre se liga de muchos modos.

Entre las cosas que tienen la capacidad de ligar, un número mayor al de las que ligan a las bestias, ligan, como es justo, a los hombres; un número mayor a los seres ingeniosos que a los obtusos, ya que los primeros poseen más cantidad de facultades y potencialidades, dirigen su vista hacia más lugares, circunstancias y objetivos; en consecuencia, se encuentran arrastrados por mayor cantidad de impulsos.

V. El sentido intermedia por el vinculante.

Una libido estacionada y estimulada sólo por el impulso natural liga al hombre obtuso. Su alimento es limitado en variedad y grosero. No lo endulza el hablar fino, no lo aguijonean las delicadezas del amor, la música, la pintura; todas las demás gracias y delicias de la naturaleza no lo tocan.

VI. Por qué no es suficiente un único vínculo.

Por consiguiente, en tanto soy cautivado por más cosas, más son las personas que siento que me cautivan, porque diversos y diferentes son los escalones de la belleza. Este de una manera, aquél otro de otra, me inflaman y cautivan por variadas razones. Si cada una de las razones se aglomeraran en una única persona, tal vez de todas las personas sólo esa me gustaría. Pero hasta ahora la naturaleza no ha permitido una cosa así, prefiriendo distribuir separadamente lazos de belleza, alegría, bondad, y los estados diferentes y contrarios a estos, ofreciéndolos distintos y separadamente según la multiplicidad de las partes de la materia.

Sucede a veces que uno se encadena a un único objeto (sea por torpeza del sentido, ciego y perezoso para con todos los demás aspectos de lo real; sea a causa del vigor de una ligazón, que lo clava y lo retiene de manera tan exclusiva que la sensibilidad por las otras cosas disminuye en intensidad, se resquebraja, desaparece). Pero esto sucede raramente y a pocos: por ejemplo, a algunos cuyas almas, en la esperanza de alcanzar la vida eterna o a causa de cierto fervor de fe o por convicción, se han sustraído en tal medida que se han escindido, en cierto sentido, del cuerpo; tan vigorosamente han sido capturados por el objeto al que se habían ligado en pensamiento y fantasía que han dado la impresión de no advertir siquiera el horror de los tormentos: como es manifiesto en el filósofo Anasarco, en Galileo Andrea y en el prebistero Lorenzo y en otros, incluso de nuestro tiempo, que por simulacro de religión, se han convertido en sicarios de reyes y príncipes. Apoyando su razón en Diógenes cínico y en Epicuro, que habiendo encadenado sus almas de acuerdo a este criterio, despreciando las cosas y las apariencias a que refieren las opiniones y conforme a los principios y órdenes de la naturaleza, hacían a un lado las sensaciones de todos los placeres y todos los dolores, considerando así haber alcanzado el bien supremo que en esta vida era concedido a la condición humana: conservar su alma libre en una suerte de voluptuosidad

heroica. Más allá del dolor, más allá del temor, de la ira y de cualquier otra gris emoción, desdeñando las cosas innobles de esta vida, aquellas que fluctúan en el tiempo, aseguraban haber alcanzado en este cuerpo mortal una vida similar a la de dioses. De esa manera, consideraban que habían logrado para sí e indicado a los demás la más sublime de las virtudes.

VII. Por qué requiere genio quien liga.

Se dice que aquél que vincula con superioridad de genio vincula a otros sin ser a su vez vinculado; y que el vínculo recíproco es propio de dos genios que se hallan en equilibrio y que el mismo reside, por decirlo de algún modo, en un equilibrio de calidad. Pero según esta opinión se deduce que el genio muta y se altera continuamente según se alteren las formas, temperamentos y especies: porque quien cautiva siendo niño no cautiva de la misma manera cuando es un joven; y lo que fascinaba a la muchacha deja de hacerlo una vez que ésta se ha convertido en una mujer madura. Por consiguiente, no puede ser reconducido a un único y simple principio la ligazón de un ser compuesto y variado por naturaleza, construido incluso de contrarios.

VIII. Quién es vinculado con mayor facilidad.

El hombre, el hombre auténtico, está vinculado sobre todo por el aspecto de las cosas más dignas. Gusta más de vivir en la espera de estas cosas dignas, que poseyendo efectivamente las cosas viles. Del disfrute de estas, rápidamente nos asqueamos. ¡Mas en qué ardor nos consumimos por aquellas que no se prestan con facilidad!

IX. Lo mismo liga del mismo modo cosas contrarias.

Confusos, y hasta cierto punto contradictorios, aparentan ser los

vínculos, aún si provienen de un mismo género de vinculante, cuando se observan sus contrastantes efectos y afectos. Considérese, por ejemplo, a uno enredado en los vínculos de Cupido: se lo verá, aún si por un mismo e idéntico fuego, aún frente a la percepción de una única e idéntica ligazón, impulsado tanto al grito como al silencio, a la alegría como a la tristeza, a la esperanza y la desesperación, al temor, a la audacia, a la ira y a la calma, a la risa y al llanto. De allí los versos:

*Yo que llevo del amor el alto estandarte,
congelada tengo la esperanza y mis deseos arden,
Al tiempo que me hielo y tiemblo, ardo y crepito.
Y, mudo, colmo el cielo de alaridos ardientes.
Del corazón, chispas, y de los ojos agua brota,
Y vivo y muero, y río y me lamento;
Abundantes mis aguas, el incendio no extinguen
Tengo a Thetis en los ojos y en el corazón a Vulcano.¹*

X. Quien liga no liga cosas distintas bajo el mismo vínculo.

Nada es absolutamente bello, si vincula en cuanto alegre; nada es absolutamente bueno, si vincula en cuanto útil; nada es absolutamente grande, si es finito. En materia de belleza, observa cómo el simio gusta a la simia, el caballo a la yegua, y cómo ni siquiera Venus puede gustarle a especies que no sean la de los hombres y la de los héroes. En materia de bien, ten en cuenta que todas las cosas contienen contrarios: así, para algunos vivientes las cosas buenas se encuentran bajo las olas, para otros en la tierra seca; para algunos entre los montes, para otros en las llanuras; para aquellos en los abismos, para aquellos otros sobre las altas cumbres.

¹ Fragmento de un soneto del propio Giordano Bruno incluido en *Furores heroicos*.

XI. Quién vincula.

En consecuencia, sabe vincular sólo aquel que penetra en la razón de todo; o al menos en la naturaleza, disposición, inclinación, aptitud, utilidad y finalidad de aquella realidad que debe ser vinculada.

XII. Ningún particular vincula todo.

Aquello que es bello y bueno y grande y verdadero en absoluto, vincula absolutamente cada afecto y cada intelecto. Todavía más: nada se le escapa, abraza todo, todo lo inviste de deseo; es a su vez deseado y buscado por más seres, porque su vigor se manifiesta en varios géneros de vínculos. Por ello deseamos disfrutar de la abundancia de artes, no porque sea el ser universal el que fatigue, sino este ser aquí, hecho de este modo, o aquél otro hecho de tal otro modo. Aún no dándose cosa particular que sea absolutamente bella, buena, verdadera, etc., ni existiendo nada, no sólo por encima del género sino tampoco dentro del género ni de la especie, que pueda vincular de manera simple a través de una igualdad de niveles, sin embargo la aspiración a lo bello, a lo bueno, está en todas las cosas. En efecto, todas las cosas aspiran a ser absolutamente y bajo todos los aspectos bellas, al menos según la condición del propio género y de la propia especie. Diversa es la belleza y la bondad de una especie comparada con las de otra; en esta domina uno de los contrarios, otro domina en la otra. Y toda la belleza y toda la bondad, incluso de una sola especie, no se puede alcanzar sino en la totalidad de la especie, y en su duración eterna, persiguiéndola en todos los individuos de dicha especie tomados singularmente. Demostró eso, a propósito de la belleza humana, el pintor Zeusi², que compuso su «Elena» con muchas muchachas de Crotona³. Y aún si se diera el caso de una muchacha bella para cual-

² Zeusi, también conocido como Zeusippo, fue un pintor griego del s. V a.c. Aparece nombrado por Platón, Jenofontes, Aristófanes y Plinio.

³ Ciudad capital de la provincia homónima ubicada en la región de Calabria.

quier mirada, una hermosura completa ¿cómo podría ella representar lo bello en general, siendo que puede probarse que en la feminidad existen innumerables variantes de la belleza de un cuerpo, las cuales no pueden ser recogidas por un único individuo?

La belleza, en efecto (sea que consista en la denominada misteriosa simetría, o en alguna cosa incorpórea que sin embargo se presenta en lo corpóreo), es una realidad múltiple que germina de raíces innumerables. Esto es: así como la forma de una piedra no cuadra, no concuerda, no se liga a la forma de otra piedra cualquiera sino cuando coinciden las cavidades y las protuberancias en una y otra, del mismo modo, no cualquiera encontrará lugar en cualquier alma. Por lo tanto, individuos distintos están sujetos a vínculos con objetos distintos; y aún si el objeto que vincula a Sócrates y Platón fuera idéntico, los vincula de diversas maneras. Ciertas cosas sacuden a la multitud, ciertas otras solamente a unas pocas personas; otras más a los hombres y las naturalezas viles, otras a las mujeres y las naturalezas femeninas.

XIII. Los varios instrumentos de quien vincula.

La naturaleza ha dispersado, dividido, en cierto sentido diseminado azarosamente objetos de belleza, bondad, verdad y dignidad; a causa de ello, más personas pueden vincularse por más razones y en relación a diversos fines. Nos vincula y nos vuelve amables el buen agricultor, por otra razón nos liga un cocinero o un soldado, un músico, un pintor, un filósofo, un muchacho; esta joven porque se mueve bien, aquella porque habla mejor.

Ahora bien, no existe ninguno entre todos ellos que posea todo y bajo cualquier aspecto; pero aquel que, según especie y modos, sea hábil y afortunado en mayor número de cosas, ese cautivará más personas, dominará sobre más personas, y a través de mayor cantidad de personas triunfará sobre todo, al interior de su especie.

XIV. Oportunidades de quien vincula.

Así como se dan tiempos diferentes, ocasiones distintas y se suceden diversos estados de ánimo y la medida no es una y siempre la misma, por ello mismo nada se da que sea uno y simple, de idéntica cantidad y calidad, que pueda gustar por igual a todos, gratificar por igual a todos, o incluso a una misma persona en distintos momentos: por ejemplo, siempre la misma comida, o la misma cantidad y calidad de comida. El criterio vale para todas las cosas que vinculan nuestro deseo.

XV. Diferencias entre las cosas vinculantes.

Y hay cosas que vinculan por propia virtud; otras que vinculan por algún aspecto particular que les es propio, sea una parte o bien una cantidad; existen otras todavía que vinculan en razón de otra cosa a la cual se unen, subordinan o vuelven posible: tal es el caso de una bella construcción arquitectónica que se erige como el resultado de partes sin forma.

XVI. Posiciones diversas de quien vincula.

Muchas cosas hay que, siendo bellas, nos ligan sin embargo por ser buenas: un caballo, un barco, una casa, una estatua, un perro, un pájaro. Y un hombre hermoso no nos liga al punto tal de considerarlo bueno, como sí lo hace uno bueno, al que podemos llegar a ver hermoso: en efecto, puede suceder que la belleza venga acompañada de culpa y error. Tómese el caso de una mujer bella y pobre: se encuentra más expuesta a tentaciones, más fácilmente ceden sus resistencias a los dones. Distinta es la regla para los distintos, contraria para los contrarios, similar para los similares.

XVII. Ubicaciones de aquello que vincula.

Piensan algunos, como los platónicos, no profundizando demasiado sobre las distinciones, que el elemento vinculante es una imagen de la cosa, que pasa de la cosa al alma y, sin embargo, no se despega de la cosa de la cual es imagen: como el fuego, que no pierde temperatura al comunicar su imagen, o bien como una imagen cualquiera que está primero en la cosa, luego en el espejo, luego en el espacio intermedio y finalmente en el ojo.

Sin embargo, profundizando en la reflexión, encontramos que en el cuerpo, particularmente en el cuerpo sensible, está, sí, la sustancia del vínculo, pero a la manera del alma, cuya condición se manifiesta en sus efectos y no ocupa en el cuerpo parte alguna definida. Y si el «golpe de amor» proviene de los ojos, de la boca o del color de la piel, se podrá ver, sin embargo, que no se ubica en esos lugares simplemente, ni se descubre partiendo de ellos, ni proviene simplemente de aquellos: porque los ojos vistos en sí, separadamente, no tienen la misma fuerza que ganan en el ordenamiento con las otras partes del rostro; la misma consideración cabe para la boca, la nariz, el color que sobre la paleta del pintor podría incluso no gustar. Indefinida, entonces, e imposible de circunscribir es la razón de la belleza; de modo análogo, la de la bondad o la de la alegría.

Además, no toda la explicación del vínculo debe buscarse en el sujeto, sino también en la otra parte, no menos importante: en aquello que es ligado. En efecto, una vez que ya se ha comido se rechazan los manjares que poco antes se consumían tan golosamente: pero la calidad y sustancia del manjar no ha cambiado en nada. Los vínculos de Cupido, urgentes antes del abrazo, luego de una pequeña emisión de semen, se vuelven más lentos y el ardor se aplaca: sin embargo el objeto, el objeto bello, permanece allí, idéntico. Por consiguiente, no es a él hacia donde debe reconducirse la explicación del vínculo en general.

XVIII. Predisposiciones del vinculante.

Se dice que el vinculante se predispone a ligar por tres vías: orden, medida, aspecto. El orden configura la relación entre las partes, la medida define el perfil cuantitativo de las mismas, el aspecto se expresa en figuras, contornos, colores. En el vínculo vocal, por ejemplo, el orden se manifiesta en el ascenso y descenso por graves, agudos y notas intermedias; la medida, en las terceras, cuartas, quintas, sextas, etc., y en la progresión de tonos y semitonos; el aspecto en lo melodioso del canto, en su suavidad y su claridad. En todas las cosas que tienen predisposición a emitir vínculos, sean estos simples o compuestos, estas tres vías se hallan proporcionalmente presentes.

XIX. Diversidad de las predisposiciones.

En referencia a los vínculos, existe todavía otra predisposición: señales, rastros, que se limitan a indicar que el alma está madura; por esta vía el alma es estimulada a buscar una relación sólo entre almas, a entrar en contacto con otra alma, a unirse a ella. Pero la gracia, que tiene sus premisas en las disposiciones del cuerpo y de sus partes, o que emana de los vestidos que envuelven el cuerpo, encadena el alma a la búsqueda del disfrute corporal. Cuando, en cambio, las premisas existen tanto en el alma como en el cuerpo, la gracia empujará con más vigor en dirección a ambos disfrutes, encadenará con más vigor los dos principios.

Hay quien, fascinado hasta tal punto por el alma, desea también el cuerpo, recipiente de aquella. Y pocos apuntan hasta tal punto al alma, de despreciar cualquier aspecto del cuerpo si faltan las premisas del alma: como narra la fama de Sócrates, que exigía que el muchachito gracioso se manifestase hablando, antes de decidir sobre su amor hacia él.

XX. Condición del vinculante.

Los aduladores agrandan las virtudes modestas, disimulan los defectos, excusan los errores, reconducen las fechorías a razones de virtud; callando todo cautelosamente, para que su arte adulatorio no sea descubierto. Obrando de esas maneras resulta que vinculan a sí a personas no particularmente perspicaces: porque ser amado u honrado agrada a cualquiera y poder vincular a sí a alguien es ya indicio de una cierta superioridad cualitativa.

XXI. Cómo es vinculado quien vincula.

Hay alegría, y un cierto sabor a gloria, en aquel que vincula: tanto más grande una y más intenso el otro cuanto más noble y meritorio y alto es el objeto del vínculo. Y en dicha alegría, en dicho sabor a gloria, se apoya una valoración del vínculo, que obra de manera tal que aquel que liga sea ligado a su vez por quien es ligado. Los vencedores alaban sus objetos, realzando así sus propias victorias, engañándose a sí mismos y todavía más al resto: y de igual manera se hace en el amor y en las demás manifestaciones civiles. De una vileza sin par debe ser una persona que no se comporte con gratitud de alma hacia quien la ama, cuando este último es meritorio y especial o vinculado a él por otras razones.

XXII. Distinción del vinculante.

Hay un género de vinculante del cual, gracias a su fuerza, aspiramos a devenir dignos, bellos y buenos; y hay otro género del cual, a través de su fuerza, deseamos adueñarnos de lo bueno, de lo bello, de lo digno. El primer tipo de vinculante proviene del objeto del cual sentimos su falta, el segundo de aquel que poseemos mayormente. Y entre estos tipos de vinculantes, no solamente el bien vincula sino también la simple opinión sobre el bien. Y el vínculo es siempre inse-

parable de un cierto tipo de proporcionalidad y adecuación. Y hasta tiene una eficacia más extendida la fantasía y la opinión que la razón; porque aquella obra con energía más extendida que esta última. Y a decir verdad, muchos de los que aman sin tener contacto con la razón (lo cual no significa que no estén impulsados por una causa), se encuentran sin dudas vinculados, pero ignoran de dónde proviene el vínculo.

XXIII. Ceguera del vinculante.

En gran parte desconocida (también para los sabios) es la explicación de los vínculos: ¿de qué sirve, en efecto, invocar analogías, semejanzas, comunidad de género y ese tipo de definiciones sin sentido, cuando vemos que un hombre nada odia tanto como aquello que otro hombre, su compañero de suerte, el ser más similar a él, ama como ninguna otra cosa, y esto por causas ignoradas? La explicación general que se aduce no significa nada, visto que existe ausencia de ligazón e indiferencia entre cosas que son del mismo género y especie, como entre hembra y hembra, entre macho y macho (y agréguese a esto las condiciones de madurez, de vejez, de infancia). ¿Y qué dirás del tipo de amor hacia cosas de las cuales se sabe sólo lo que se ha escuchado decir, amor que vulgarmente viene descrito con el término «devoción»? ¿Acaso el hombre no está encadenado a cosas eternas e inmateriales, incluso imaginarias y por fuera de la experiencia? Me eximo de describir específicamente el aspecto de la potencia de los vínculos, me limito a referir la potencia que se genera en los encantamientos. No es cierto, como sostiene alguno, que derive del bien la fuerza del vínculo, visto que es más eficaz el vínculo a partir de una simple opinión sobre el bien; tampoco la fuerza que emana de una causa manifiesta más que de una causa desconocida. Ya hemos dicho más arriba cuán variadas son las diferencias y las especificaciones sobre el bien.

XXIV. Laboriosidad del vinculante.

Así como los ignorantes se dejan ligar más por un adulator perspicaz que por un amigo auténtico, del mismo modo los vínculos y la eficacia de las vinculaciones se sostienen por el artificio: cuando, por ejemplo, uno desaconseja la carrera militar a quien es temeroso, el sacerdocio a quien es salvajemente impío, o aconseja preocuparse por los propios intereses a quien carece de amor al prójimo; en definitiva, empuja las cosas en la dirección hacia la que se encuentran más inclinadas, como quien queriendo atraer hacia sí un cilindro lo hace girar de acuerdo a sus partes redondeadas y no por los planos o los vértices.

XXV. Armas del vinculante.

Las armas de quien vincula son de tres tipos. El primer tipo está en él, y comporta dos especies de armas: esenciales o naturales, es decir aquellas que provienen de la naturaleza de la especie, y accidentales o de adición, es decir aquellas que se asocian a la naturaleza de la especie, como pueden ser la sagacidad, la sabiduría, el arte. El segundo tipo está en torno a él: suerte, fortuna, casualidad, necesidad, cosas que te suceden. El tercer tipo está por sobre él: destino, naturaleza, favores de los dioses.

XXVI. Vicisitudes del vinculante.

De manera proporcional, en cada operación vincular acontece aquello que experimentamos de continuo en el coito o al comer. Somos atraídos y vinculados por el deseo y el amor hacia estas cosas, pero no siempre hacia las mismas, ni de las mismas maneras, ni en idéntica magnitud ni por el mismo lapso de tiempo. De hecho, junto al tiempo, fluctúa y se precipita nuestra estructura física y todo aquello que a la estructura física acompaña. Por ello, a través de una reflexión

previsora y anticipatoria, es preciso conocer el momento oportuno para lanzar el vínculo y tomar con la mayor rapidez la co-presencia del objeto, de modo tal que quien puede tender el lazo, lo tienda y lo cierre lo más rápido posible.

XXVII. Los ojos del vinculante.

Los vínculos son sutiles, aquello que es sujetado por vínculos apenas aflora a la sensibilidad desde sus profundidades: es posible examinarlo sólo fugazmente, como desde una superficie elevada, y se encuentra además sujeto a transformaciones momento a momento, presentándose a quien pretende atraparlo no de otra manera que como Thetis huyendo de los abrazos de Peleo: es necesario, pues, captar el ritmo del cambio, vislumbrar en la forma precedente las potencialidades de la forma sucesiva. Por más que de hecho la materia sea indefinidamente abierta a innumerables formas, su forma actual no se encuentra a igual distancia de todas las otras posibles; entre estas sólo una es la que sigue en lo inmediato, otras siguen con interposición de más intervalos, otras con menos, y una se coloca a mayor distancia que todas las demás. Por ello, así como a la forma sangre la sucede inmediatamente la forma quilo, así al vínculo de la indignación sucede el de la ira, a los vínculos de la ira suceden los de la tristeza, como fácilmente la bilis roja da paso a la oscura. De manera que, penetrada a fondo la disposición y la calidad presente del sujeto, Peleo proyecta y predispone los vínculos para esta Thetis, antes que ella huya a otras formas definidas, sabiendo bien que otros son los modos de ligar una serpiente y otros aún los necesarios para un león o un jabalí.

XXVIII. Astucias del vinculante.

El vinculante no liga al vinculable fácilmente, de la misma manera que el jefe militar no conquista con facilidad una posición bien forti-

Giordano Bruno

ficada si el paso no le es abierto por un traidor que se encuentra en el interior, o por un colaborador que conspira de algún modo o que se subordina, o que por alguna razón se presta a llegar a un acuerdo; así, en su terreno específico, Venus no vincula ni conquista fácilmente la posición cuando los vasos están vacíos, el espíritu inquieto y el ansia quema, mientras que los vasos hinchados, el alma serena, la mente tranquila y el cuerpo reposado abren de par en par las puertas de la posición. Y es luego de haber estudiado los movimientos de los guardianes y los centinelas que se debe uno abalanzar rápidamente, atacar con fuerza, obrar con todos los medios, no conceder tregua. Práctica que es preciso mantener en todas las otras operaciones de vinculación.

XXIX. Escalas del vinculante.

Quien vincula, no encadena a sí el alma si no la ha arrebatado; no la arrebatada sino encadenada; no la encadena si no se enlaza a ella; no se enlaza si no la alcanza; no la alcanza si no a través de un impetuoso acercamiento; no se acerca sino se inclina, más bien declina, hacia ella; no se inclina si no lo mueve el deseo, el apetito; no apetece si no ha madurado un conocimiento; pero no puede madurar un conocimiento si el objeto no se hace presente en figura o simulacro ante sus ojos, oídos, o ante las percepciones del sentido interno. Por consiguiente, se conduce a los vínculos a destino a través del conocimiento en general, y se producen anudamientos de vínculos a través de la conmoción emotiva en general (hablo de conocimiento en general porque quizá no se sepa qué dato cognoscitivo nos ha arrebatado; y hablo de conmoción emotiva, porque tampoco esta es fácil de definir).

XXX. Puertas a través de las cuales el vinculante ataca.

Las puertas a través de las cuales el cazador de almas lanza sus vínculos son tres: la vista, el oído y la mente o imaginación. Si logra

abrirse un paso por las tres puertas, vincula del modo más riguroso, estrecha sus lazos.

El cazador penetra la puerta del oído armado de la voz y de un bello hablar, que es hijo de la voz; penetra la puerta de la vista armado de forma, gesto, movimiento y figura adecuados; la puerta de la imaginación, de la mente, de la razón, la atraviesa con sus comportamientos y las artes.

Entonces, la primera movida será la entrada, la segunda el contacto, la tercera el vínculo, la cuarta será la atracción. El vinculado se encuentra con el vinculante por la apertura de todos los sentidos, al punto tal que, realizada la ligazón perfecta, se transfiere en su totalidad al vinculante, o arde en el deseo de hacerlo, cuando se trata de vínculos de atracción recíproca (ya que, paralelos a estos, se dan vínculos desagradables, de los cuales trataremos al hablar del vínculo natural: como aquel con el cual el sapo atrae a la garduña valiéndose de una suerte de misteriosa fuerza de su soplo; el gallo con su canto destruye al león, o el mújol al simple contacto bloquea la nave, o el energúmeno en su fantasía engulle al demonio; el humor melancólico y ventoso funciona como una calamidad para la pesadilla).

En conclusión, este campo del vinculante presenta treinta líneas de fuerza a partir de:

- | | |
|--------------------------------|---|
| 1. aspecto. | 12. favor o concurso de las circunstancias. |
| 2. efecto. | 13. medios. |
| 3. arte. | 14. oportunidad. |
| 4. número. | 15. diferencia. |
| 5. escala. | 16. diversidad de aptitudes. |
| 6. multitud. | 17. ubicación. |
| 7. genio. | 18. predisposición. |
| 8. facultad. | 19. diversidad de predisposiciones. |
| 9. coincidencia de contrarios. | 20. condición. |
| 10. diversidad. | |
| 11. mediación. | |

- | | |
|---------------------------|------------------|
| 21. reacción. | 26. vicisitudes. |
| 22. distinción. | 27. ojos. |
| 23. ceguera o ignorancia. | 28. astucias. |
| 24. laboriosidad. | 29. escalas. |
| 25. armas. | 30. puertas. |

* * *

Los vinculables en general.

I. Especies de vinculabilidad

En torno a Dios (o naturaleza universal o bien universal o bello absoluto, que es centro del macrocosmos) existen cuatro realidades en movimiento dispuestas de modo tal que no pueden, so pena de aniquilamiento, separarse de él ni desconocerlo, del mismo modo que ninguna circunferencia puede ignorar el propio centro. Cuatro realidades, repito, móviles; de movimiento circular en torno al propio vinculante, dispuestas en modo tal que consisten eternamente en ese orden. Son, según la doctrina de los platónicos, la mente, el alma, la naturaleza, la materia; la mente estable por sí misma, el alma móvil por sí misma, la naturaleza en parte estable y en parte móvil, la materia totalmente móvil y totalmente estable.

II. Condición de vinculabilidad.

Nada es susceptible de vínculo si no está predispuesto del modo más conveniente, porque aquel fulgor no se comunica a todas las cosas de una única manera.

III. Forma de vinculabilidad.

Todas las cosas susceptibles de vínculo sienten, de alguna manera, en su sustancia, en qué sentido está dispuesta su determinada especie de conocimiento y su determinada especie de impulso: es así que el imán atrae y rechaza, según el género de los objetos. Por ello, quien quiere vincular debe dirigir de alguna manera su sentido hacia aquello que es vinculable: porque en verdad el vínculo acompaña el sentido de las cosas, como la sombra al cuerpo.

IV. Comparación de los vinculables.

Reflexiona: los hombres son más vinculables que las bestias; los hombres bestiales no son aptos para los vínculos heroicos, a diferencia de aquellos que han arribado a mayor claridad de alma. Con respecto a los vínculos naturales, el vulgo se subordina más que el filósofo, de allí el proverbio que dice que los sabios dominan los astros. Finalmente, con respecto a los vínculos de género medio, el insaciable goloso se puede permitir vanagloriarse de su castidad, y el lujurioso de la sobriedad de sus comidas.

V. Distinción de los vinculables.

De aquello que se acaba de decir se deduce una oportuna reflexión sobre el hecho de que la energía de un vínculo vuelve a uno menos susceptible a otras especies de vínculos o en todo caso menos disponible. Por ello, los alemanes sienten menos el estímulo de Venus, los italianos el de la crápula; el español está más inclinado al amor, el francés es más inflamable a la ira.

VI. *Germen o estímulo de vinculabilidad.*

Una cosa es susceptible de vínculo sobre todo cuando hay algo de ella en el vinculante, justamente porque el vinculante se le impone a través de ese algo de ella. A partir de esto, por poner un ejemplo, los nigromantes confían en ejercitar un poder total sobre el cuerpo a través de las uñas y los cabellos de los vivos, o bien a través de ropas o huellas de los pies; evocan a los espíritus valiéndose de huesos o cualquier otra parte del cuerpo del muerto. Es por esto que se tenía el máximo cuidado en las prácticas de sepultura, y que se introdujeron las hogueras, y que se contaba entre los más crueles suplicios el de dejar insepulto un cuerpo. Los retóricos capturan la benevolencia con su arte, a condición de que los oyentes y los jueces encuentren en aquellos algo de sí mismos.

VII. *Tiempo de vinculabilidad.*

Una sola e idéntica realidad es variablemente susceptible de vínculo en relación a la variación del tiempo; y variable es el comportamiento respecto a un solo e idéntico vínculo de las cosas no dispuestas de un único modo. Piensa, partiendo de aquí, en quien siendo cambiante de joven, llegado a adulto es más quieto y prudente, de viejo más desconfiado e irascible, y en los momentos agónicos finales está lleno de desprecio y fastidio.

VIII. *Diferencia de los vinculables.*

Por ello, quien quiere ligar debe poner atención en el hecho de que, de las cosas susceptibles de vínculo, algunas son movidas por la naturaleza, otras por el juicio y la prudencia, otras más por los usos y las costumbres. Siendo así, la persona sagaz liga y constriñe a los individuos del primer tipo a través de vínculos obtenidos de las cosas naturales, a los del segundo tipo con razonamientos y demostracio-

nes y símbolos y tratamientos convincentes, a los del tercer tipo recurriendo a condiciones de necesidad inmediata.

IX. *Rechazo a la vinculabilidad.*

Puesto que el alma tanto más se vincula a un objeto cuanto más se abstrae y aleja de los otros, consecuentemente, quien desee constreñir al destinatario de un vínculo a un solo objeto, debe esforzarse por lograr que pierda interés por otras actividades o que se distancie de las preocupaciones que a estas se ligan. Verdad es que una actividad más gratificante excluye la gratificación de otra: el alma, tendida hacia el oído, deja descansar al ojo; de ese modo, quien mira atentamente se vuelve sordo. Cuando estamos muy alegres o muy tristes por algún motivo, no solemos hacer muchas más cosas; más bien, desinteresados, descuidamos o hacemos el trabajo más lentamente. Es precisamente esto lo que significa «estar abstraído» o «arrebataado», «estar dominado», «estar vinculado». A partir de esto, el orador, suscitando risas o envidia u otros estados del alma, destroza el vínculo de amor, volviendo disponible para un vínculo de odio, de desprecio, de indignación.

X. *El número de los vinculables.*

Los contemplativos son vinculados a las cosas divinas, manteniéndose alejados de los aspectos de las apariencias sensibles; los voluptuosos a través de la vista se rebajan a los disfrutes del tacto; las naturalezas morales son conducidas a las delicias por las conversaciones civiles. Los primeros son considerados heroicos, los segundos naturales, los terceros racionales; los primeros se encuentran en lo alto, los segundos en lo más bajo, los terceros en el medio; a los primeros se los considera dignos del éter, a los segundos de la vida, a los terceros del conocimiento; los primeros ascienden hasta Dios, los segundos se

aferran al cuerpo, los terceros se separan de uno de los extremos y se acercan al otro.

XI. El movimiento de los vinculables.

Este se presenta en las realidades compuestas y variables, y en general en todas las cosas que sufren modificaciones en su naturaleza y disposiciones, como el alma y el espíritu, que asumen varias modificaciones a través del cuerpo y de los movimientos corpóreos (aún si una y otra sustancia son totalmente estables y eternas en su simplicidad, experimentan a causa de la privación el deseo, a consecuencia del deseo prueban el impulso; del impulso, el movimiento, y del movimiento, la liberación) [...] Por lo tanto ningún vínculo es eterno, si no que se alternan vicisitudes de prisión y de libertad, de vínculo y de liberación de ese vínculo, o más bien de pasaje a otra especie de vínculo. Y puesto que esta situación es natural, y que precede, acompaña y sucede a la condición eterna de cada realidad, es preciso decir que la naturaleza liga con la variedad y el movimiento, y el arte, imitadora de la naturaleza, multiplica los vínculos, y los varía, los diversifica y dispone, por así decir, en una secuencia modular. Una condición estable es hasta tal punto extraña a la realidad que a veces nos abalanzamos directamente sobre aquello que está prohibido y somos arrastrados por su deseo. Y es así mismo conforme a la naturaleza aspirar a liberarse de los vínculos, del mismo modo que poco tiempo antes hemos sido capaces de enredarnos en ellos por una especie de autónoma y espontánea inclinación.

XII. Indefinición de los vinculables.

Cuanto más numerosos son los componentes de lo vinculable, tanto menos este está limitado a determinados vínculos. Siendo así, el placer humano se halla menos restringido a un solo momento, a un único individuo, a un solo sexo, que el placer de las bestias. Es

probable que muchos caballos puedan cautivar a una yegua, pero en la mayoría de los casos esto no puede suceder entre todos los hombres y una mujer. Este desnivel y esta indefinición distancian al hombre de la bestia, como también al verdadero hombre del hombre bestial, al más sensible (que es también el más sujeto a emociones) del obtuso.

Y esto que se dice respecto a un tipo de vínculo, se extiende a cualquier otro tipo y género de vínculo.

XIII. El fundamento de la vinculabilidad.

La primera explicación del hecho de que toda realidad es vinculable se apoya en parte en la constatación de que ella desea conservarse en la situación que posee actualmente, y en parte en el hecho de que ella desea alcanzar la completitud acorde a, y en el interior de dicha situación. En eso consiste en general la *philautia*, o amor de sí. Por lo tanto, si alguien lograra extinguir en un sujeto la *philautia*, este estaría en condiciones de ligar o desligar de cualquier manera. En cambio, encendida la *philautia*, todas las cosas se enredan más fácilmente en los tipos de vínculos que les son naturales.

XIV. La relación de los vinculables.

Contempla, en los seres vivos, la amistad y la enemistad, la simpatía y la antipatía, la afinidad y la diferencia y las circunstancias de todas estas cosas; luego, afronta, de acuerdo a cierto orden y analogía, las realidades particulares e individuales de la especie humana tomadas singularmente.

Entonces: en primer lugar las especies de los otros vivos, una por una y luego todas juntas; finalmente, todas las otras especies de cosas. Entenderás de qué variedad y disponibilidad de vínculos tienes necesidad.

XV. *Diversidad de la materia de los vinculables.*

Si bien todo vinculable es de algún modo un compuesto, de uno se dice que es simple, de otro que es múltiple o conglomerado, de uno que es más simple o más mezclado respecto a otro. Se deduce de esto que las realidades dadas se vinculan algunas puramente, otras impuramente, y los vínculos son puros e impuros: como los placeres y los dolores, que son puros, impuros y mixtos. Por eso Epicuro define como impuro al placer venéreo, en el sentido que se acompaña de dolor y de un deseo inextinguible (por el cual todo el cuerpo se consume en el deseo de transferirse en otro cuerpo, en vano) a los que luego sucede un agotamiento desconsolado. Pero si existieran realidades cuyos principios no se agotaran jamás (del tipo, quizá, de los astros y de los grandes vivientes cósmicos o numenes, en los cuales no se da agotamiento, y el flujo e influjo de sustancia se halla en inalterable equilibrio), entonces aquellas permanecerían vinculadas a sí mismas con felicidad plena.

De eso se deduce que quien desee vincular a alguien en el plano de las conversaciones civiles, debe observar muy atentamente la específica variedad de compuestos y formular proyectos, decisiones y conclusiones diversas para los genios heroicos, para los ordinarios y para los más cercanos a las bestias.

XVI. *Grado de los vinculables.*

Los niños están menos sujetos a los vínculos de las pasiones naturales debido a que, en ellos, la naturaleza está empeñada totalmente en el proceso de crecimiento, y esta es la principal alteración en la que está inmersa, y toda la nutrición está dirigida al crecimiento y estructuración del individuo. Pero hacia el decimocuarto año comienzan a ser vinculables: a esta edad, es cierto, aún están involucrados en el crecimiento, pero el crecimiento ya no es tan veloz y exigente como cuando eran niños. Hombres maduros en edad de estabilización, tie-

nen ya una mayor dotación espermática, y parece que esta es causa de una mayor vinculabilidad. Más precisamente: parece que los adolescentes y los jóvenes están dotados de un erotismo más ávido, y debido a que la novedad de aquel tipo de placer los vuelve más ardientes y a que los conductos por los cuales pasa el semen son más angostos, el flujo espermático brota superando una resistencia más deliciosa: la cosquilla venérea que se genera en tal conflicto está más cargada de placer y de alegre liberación. En las personas ancianas, en quienes las energías están casi extinguidas, los órganos y los conductos exhaustos y el semen es escaso, los vínculos son más difíciles. Y esta situación se reproduce generalmente en las otras pasiones, que admiten una cierta analogía, oposición o contigüidad con la pasión de amor.

XVII. *Temperamento de los vinculables.*

En razón de su temperamento, los melancólicos son más vinculables a la indignación, la tristeza, la voluptuosidad y el amor: en efecto, siendo más impresionables, se hacen una imagen más intensa, por ejemplo, del placer; por la misma razón son también aptos a la contemplación y a la especulación; en general, son movidos y agitados por pasiones más vehementes. Por lo tanto, en aquello que corresponde a Venus, se dan más como objetivo el propio placer que la reproducción de la especie. Afines a ellos son los coléricos, respecto a los cuales los fogosos son menos estimulables. Los flemáticos son menos libidinosos que los demás, pero más inclinados a la gula. Queda establecido, de todos modos, que cada uno cumple su parte en obediencia a la naturaleza: los melancólicos son vinculados por su mayor fuerza de imaginación, los fogosos por la mayor facilidad en la emisión de espermatozoos y por el calor de su temperamento, los flemáticos por la mayor riqueza humoral, los coléricos por un cosquilleo o estímulo más intenso y agudo de su espíritu ardiente.

XVIII. Los signos de los vinculables.

En este orden de consideraciones tiene también su lugar la fisonomía. Quien tiene tibias agudas y musculosas, quien es de rasgos caprinos y asemeja a un sátiro de nariz aplastada y larga y tiene un rostro triste y lastimoso, ama con mayor intensidad y corre detrás de cualquier desenfreno de tipo venéreo; pero es también fácilmente aplacable y no tiene pasiones que duren por mucho tiempo.

XIX. Duración de los vinculables.

En los vínculos, los viejos son más constantes pero están menos disponibles; los jóvenes son más inestables pero se encuentran más disponibles. Son los de mediana edad los que se dejan ligar de modo estable, estrechamente y con plena disponibilidad.

XX. La reacción de los vinculables.

La cortesía recíproca genera vínculos recíprocos; vínculos también pueden encontrarse en las bromas, en el comportamiento histriónico, en los chistes: a veces una persona, de otro modo desagradable y deforme, liga a aquellos que gustan de esas cosas. Debes agregar a eso un hecho que hemos experimentado a propósito de las fantasías acerca de las dimensiones y vivacidad del miembro: instaladas en la imaginación, lanzan una suerte de encantamiento sobre el muchacho o la muchacha. De allí los versos:

*Confieso que no soy de aspecto bello.
Pero así todo, a los dioses mismos me prefiere
cualquier muchacha de sano apetito.*

Análogamente, otros vínculos con los cuales los brutos cautivan se apoyan en las opiniones sobre el coraje, el valor, la elocuencia, la labo-

riosidad y cualidades de este género: de forma tal que, partiendo desde cualidades de un cierto tipo pueden ser adquiridos afectos de otro tipo. No es rara la experiencia en la cual hasta las viragos más brutas arrastran a actos de amor con la fama de sus cualidades y su gran elocuencia.

XXI. La heterogeneidad de los vinculables.

Añade a todo esto que se dé el caso que una especie sea vinculada por otra diversa a través del amor, el odio, la admiración, la piedad, la compasión y sentimientos del género: Lesbía por su gorrión⁴, Corinna⁵ por su cachorra, Cipariso⁶ por una cierva o el delfín por Arión⁷. Son vínculos célebres. En otras palabras, en cada especie yacen gérmenes de atracción por todas las demás. Guardo silencio sobre la simpatía entre un hombre y un león, callo lo que sé sobre la sorprendente familiaridad entre un niño y una serpiente.

XXII. La mutación de los vinculables.

Aquello que es susceptible de una especie de vínculo puede, sin dificultad, ser transferido a su contrario; por lo demás, el vinculante es también capaz de mutación. Y no altera esto el hecho de que la mutación en cuestión exista realmente o en la opinión.

En la relación con una persona a la cual me ligaba el respeto intelectual ha emergido una relación de desprecio y rechazo una vez profundizado el conocimiento y desaparecida, con aquel, la estima. Y los vínculos que provienen de la visión de la edad ardiente y de la belleza,

⁴Bruno alude aquí a los *Poemas a Lesbía*, del poeta romano Catulo.

⁵Poeta griega del s. VI a.C., rival de Píndaro en concursos de poesía.

⁶En la mitología griega, uno de los amores homosexuales del dios Apolo.

⁷Músico de Lesbos que tras un viaje a Grecia es salvado por delfines de un ataque de su tripulación. Apolo transformó la lira de Arión y el delfín en constelación.

se aflojan y se hacen pedazos con el tiempo, cuando no son reforzados por vínculos de comportamiento y por el ingenio.

XXIII. *Causa y efecto de los vinculables.*

Misterioso es aquello que vincula al amor, al odio o al desprecio más allá de cualquier operación racional. Y es fútil el discurrir de Adrastea⁸, según el cual la explicación del amor que se desarrolla al ver un objeto bello es la de ser una rememoración, por parte del alma, de la belleza divina percibida antes de ser acogida en la envoltura del cuerpo. De ser así, siendo que este no ha sufrido mutación alguna, ¿cuál sería la explicación para el repentino pasaje del alma al rechazo de ese mismo objeto? ¿Y por qué almas diversas son encadenadas con más fuerza por objetos diversos? ¿Por qué aquello que para uno es la cúspide de la belleza, para el gusto no menos vivaz de otro resulta directamente desagradable?

Es evidente que la condición de vinculabilidad no se abre a la reflexión débil.

XXIV. *Definición de los vinculables.*

Teócrito⁹ fundamenta en la casualidad, en la fortuna, en un indefinido no sé qué, el amor y los otros sentimientos que ligan a los seres singulares. Pero su pensar habría sido más riguroso si hubiera considerado «oculto y determinado» aquello que calificó como «indefinido» porque no se le mostraba: los sentimientos nacen, efectivamente, de un muy bien determinado tejido estructural donado por la naturaleza o introducido por la fuerza de la costumbre.

⁸ Bruno se refiere aquí a un diálogo del *Fedro* de Platón (248 c-e).

⁹ Poeta griego, vivió en Siracusa durante los s. IV y III a.C.

XXV. *Sentido de los vinculables.*

Los griegos no reconducían al conocimiento racional, sino a la fortuna, el hecho de que alguien fuese vinculado por amor, odio u otro sentimiento: veneraban a Amor y Fortuna sobre el mismo altar.

A este juicio se asocian algunos platónicos, sosteniendo que los seres vivos privados de palabra no siempre se someten al vínculo de amor, por carecer de discernimiento racional. Pero estos tienen opiniones muy groseras sobre la naturaleza del conocimiento y de la inteligencia, que en realidad invade todas las cosas con el espíritu universal y se enciende en ellas en proporción al sujeto. Para nosotros, el amor, como cualquier otro sentimiento, es una forma muy efectiva de conocer; es más bien el proceder discursivo racional y argumentativo por el cual sobre todo los hombres se dejan vincular y que no se coloca en absoluto entre las formas primarias de conocimiento. En conclusión: quien quiera vincular debe convencerse que la razón no tiene ni más ni mejores cartas para ligar. Lo que funciona es, más bien, un conocimiento proporcional al género.

XXVI. *La fuga vinculable.*

Hay quien, huyendo de algún tipo de vínculo, se deja luego ligar por uno de otro tipo. Por lo tanto, quien se propone vincular debe estar atento a operar con medios a los cuales el destinatario del vínculo sea susceptible: es decir, secundando los vínculos de los cuales aquel ya es prisionero. Así fue que la ninfa atrajo al cazador, a quien su pasión por la caza distraía del amor, con el don que se adaptaba a su tipo humano (precisamente, un cuerno cuyo sonido inmovilizaba a las bestias en fuga). Incluso el soldado se vería constreñido a otros afectos por el encanto que ejercita sobre él la calidad de una armadura.

Desvinculan pues de Venus, la caza, el ayuno, la ebriedad, los ejercicios gimnásticos y los más variados esfuerzos y deportes en general,

varios tipos de abstinencia, lujo, etc. Y como en este tipo de vínculos, también en todos los otros es preciso evaluar caso por caso.

XXVII. La sustancia vinculable.

Dos son las raíces de la vinculabilidad, y son de la misma esencia del vinculable en tanto es vinculable: conocimiento apropiado al género y deseo apropiado al género. Supón un objeto que no tenga deseo alguno y tendrás una cosa no susceptible de vínculo espiritual. Añade que sin conocimiento y pasión nadie tiene la posibilidad de ligar. Ni con vínculos de conversación civil ni con vínculos mágicos. De otro tipo de vínculos no hablo, porque a la gente de corta vista, que es la mayoría, daría la impresión de estar diciendo cosas inconvenientes.

XXVIII. La perfección vinculable.

El vínculo perfecto es aquel que enlaza todas las partes y todas las potencialidades de una persona. El vinculante debe penetrar a fondo el número, para enredar a la presa con más vínculos, con todos los vínculos, en la expectativa de llevar el entramado a la perfección. Y no debe tener dudas, ni sombras, sobre los nutrientes y las alabanzas que debe proporcionar al alma y al espíritu: diversos según las diversas potencias.

XXIX. La obligación de los vinculables.

No es posible vincular a sí a alguien sin que el vinculante padezca él mismo la ligazón. Al vinculado las cadenas se le adhieren, lo penetran. Quien vincula aquello que es también vinculable por otro, no se liga sino de ligazón accidental; pero quien vincula aquello que sólo es vinculable por él no puede sino quedar a su vez ligado. Sin embar-

go, el vinculante tiene sobre el vinculado la siguiente ventaja: él es dueño de los vínculos y a veces no los padece o no es afectado de igual manera. En analogía con esta doctrina está el hecho de que el proxeneta liga y no es ligado, mientras que la amada en el acto de amor no liga al amado si este a su vez no se liga a ella. Y sin embargo existe una especie de misterioso vínculo espiritual por cuya fuerza la cosa amada se vincula a un amante que a veces, además de no amarlo, no lo conoce: este es el orden de la realidad en el cual Eros sin Anteros llora y se siente infeliz. Pero en el plano de las relaciones de sociedad, nadie vincula si no se liga con aquello que quiere vincular a través del mismo vínculo o de un vínculo afín: en efecto, hablando más claramente, el orador no suscita pasión sin pasión.

XXX. La verdad vinculable.

El destinatario de los vínculos, por estar vinculado, no requiere tanto de vínculos reales, es decir de aquellos que son sustancialmente de esa manera, como de aparentes, o sea, vínculos de opinión: en efecto, la imaginación sin verdad puede vincular verdaderamente, embridar verdaderamente por vía imaginaria al destinatario del vínculo.

Suponiendo que no exista el infierno, la creencia imaginaria en el infierno, sin fundamento verdadero, produce verdaderamente un infierno: la imagen fantástica tiene su verdad, con la consecuencia de que ella opera realmente, y real y potentemente queda sujetado aquel que se deja vincular; y el tormento se hace eterno a través de la eternidad de la convicción de fe; y el alma, despojada del cuerpo, conserva sin embargo el mismo aspecto y a pesar de todo persevera infeliz por los siglos, incluso aún más potentemente, a veces por indisciplina, o deleite, o apariencias adquiridas. Que los vulgares filosofantes no comprendan esto y distribuyan insulsas condenas sobre la base de aquella doctrina de ignorantes no nos turba demasiado: éramos niños e inexpertos cuando dominábamos esas doctrinas más intensamente de

cuanto ellos siendo ya viejos y expertos pudieran dominarlas alguna vez. Pero nosotros perdonamos su manera de ver de adultos, no menos de cuanto creemos que se deban perdonar las creencias que nosotros teníamos cuando éramos niños.

El vínculo de Cupido, para hablar del vínculo en general.

Hemos hablado en las reflexiones sobre la Magia natural de cómo todos los vínculos pueden ser reconducidos al vínculo de amor, o dependen de él o consisten directamente en él. A quien se valga del argumento de las treinta especies de nudo le resultará claro que el amor es el fundamento de todas las pasiones: quien nada ama, en efecto, no tiene motivo para temer, esperar, alabarse, envanecerse, osar, despreciar, acusar, excusar, humillar, competir, enfadarse, y turbarse, en definitiva, de maneras análogas a aquellas. Por lo tanto, el tema al que damos paso bajo el título de «Vínculo de Cupido» abre un vasto campo a la reflexión y la especulación. Y no debe pensarse que esta reflexión esté demasiado alejada de las tareas civiles sólo porque su horizonte es más amplio de lo que la tarea civil reclama.

I. Definición del vínculo.

En los pitagóricos y los platónicos el vínculo de belleza se encuentra definido como fulgor, rayo, o al menos como impronta, sombra, simulacro, o huella: impresa, en primer lugar, en la mente, a la que adorna con el orden de las cosas; en segundo lugar en el alma, a la que colma con la secuencia de las cosas; en tercer lugar en la naturaleza, a la que distingue y caracteriza con sus semillas; en cuarto lugar en la materia, a la que enriquece de formas. Este rayo brilla de la manera

más límpida en la mente, límpidamente en el alma, oscuramente en la naturaleza, oscurísimamente en la materia, que es el substrato de las realidades naturales: así hablan pitagóricos y platónicos. No es aquel rayo una cantidad y no consiste en la cantidad (aún si gira en torno a la cantidad y a la grandeza en general) desde el momento en que también las cosas no grandes o directamente pequeñas comunican impresiones de belleza: incluso dentro de una misma especie los ejemplares grandes son deformes y los pequeños están bien formados (o viceversa); y con frecuencia, manteniéndose la cantidad la belleza se disuelve, o bien permanece cuando aquella cambia. Un niño o un muchachito muy gracioso gusta, pero no cautiva sino siendo ya adolescente, a partir de una cierta edad: esto quiere decir que la cantidad tiene un cierto significado y que esto sigue siendo verdadero aún cuando no se modifiquen en nada la forma, la figura y la estructura de una cosa.

De lo dicho puedes extraer algunas consecuencias para los vínculos que conciernen a las relaciones civiles: existen cuestiones de medida de las cuales dependen la forma y la eficacia del vínculo. Piensa en los gestos, las palabras, la vestimenta, los hábitos, la sonrisa y en otros signos de los estados del alma.

II. Orígenes del vínculo.

Algunos entre los platónicos sostienen dogmáticamente que el vínculo proviene de una determinada proporción entre el conjunto de los miembros y la delicadeza del color. Pero quien reflexiona de manera más analítica observa, mínimamente, lo siguiente: en primer lugar, son vinculantes las cosas compuestas y resultantes de una variedad diferenciada de partes; luego, el color de por sí y la voz de por sí tienen poderes vinculantes; finalmente, nada se encamina más rápidamente al envejecimiento que la belleza, mientras que nada se mantiene más inalterado que la forma y la figura que la combinación de los miembros revela al exterior. En conclusión: el vínculo de belleza

debe ser buscado en otro lugar que en la figura y en la disposición proporcional de los miembros, con más razón cuando, en ciertas ocasiones, permaneciendo sin variaciones la belleza y la figura, el amor se extingue luego del goce de la cosa amada. Por consiguiente, la explicación del vínculo debe buscarse sobre todo en una suerte de disposición conjunta del arrebatador y del arrebatado. A veces sucede que a nivel racional no tenemos nada que criticar sobre la belleza de una muchacha, nada en el plano de las relaciones humanas que merezca el insulto, nada en el comportamiento, en el obrar en general de un hombre: sin embargo, no nos gustan. Y viceversa: en una persona hay cosas singulares que nos disgustan, incluso muchas, pero ella nos agrada.

Todavía más estúpido es lo que aquellos entre los platónicos sostienen respecto a la relación entre vínculo y color, no distinguiendo entre el color y su contexto. ¿Cómo puede decirse que el color liga por cuenta propia, cuando más encendido en un anciano resulta desagradable y despreciable, y más apagado en un joven puede ligar y arrastrar? Así, en las conversaciones civiles, un discurso de importancia consular en boca de un adolescente, por más arte que refleje, lleva a la indignación a la persona más reflexiva a causa de la impresión de inconveniente arrogancia que suscita; del mismo modo, en boca de un anciano, un hablar agraciado, cariñoso, florido, genera desprecio y mueve a veces a la risa y provee materia para escarnecerlo. Y en general, respecto al cuerpo, al lenguaje y al comportamiento, una cosa se corresponde a la mujer madura, otra a la jovencita, otra aún a la niña, otra al niño, al hombre maduro y al viejo; otras, finalmente, al hombre de guerra y al hombre de leyes.

III. Indefinición del vínculo.

No es tan difícil, creo yo, vincular y desanudar, como descubrir el vínculo, especialmente en las situaciones en que los vínculos se deben más a la casualidad que a la naturaleza y el arte. Por ejemplo, el vínculo

lo que parte del cuerpo no tiene, sin embargo, una localización definida en el mismo. El amante tiene la impresión de ser ligado por los ojos, las mejillas, la boca. Pero estos rasgos particulares, desplazados a otro sujeto, están tan lejos de vincular del mismo modo que incluso a veces sucede que desanudan y vuelven vanos los vínculos de Cupido. Más aún: a veces nos consumimos de amor a causa de involucrarnos corporalmente; pero, más tarde, una vez vistos los modos, oídas las maneras del hablar, nos damos cuenta que los vínculos de Cupido han desaparecido. Del mismo modo, hechas las distinciones pertinentes, razonarás tú sobre las ligazones de las conversaciones civiles.

IV. La composición del vínculo.

Es un vínculo lanzado por un Cupido más bajo aquel mediante el cual somos capturados por las realidades compuestas o yuxtapuestas, mientras que ni nos rozan las entidades simples y absolutas, y existe incluso quien las desprecia. Personas de este tipo pensarán que Dios no tiene en sí belleza, porque siendo a su manera una entidad simple, no brilla en absoluto por ordenada simetría de estructura. Es cierto que, por premisa, él es el principio y el fin de toda belleza y de todo vínculo. Pero por debilidad de inteligencia no distinguen lo que es bello en sí de lo que es bello en relación a nosotros; del mismo modo, sobre el plano práctico, no es sensato quien no distingue entre aquello que es bello respecto a los hombres en general y aquello que es bello respecto a estos hombres determinados, a la costumbre, al uso y a la ocasión: así las cosas, sin razonar, dejan sus vínculos librados a la casualidad.

V. Número de los vínculos.

Sin hacer demasiadas distinciones, y atendiendo a la sustancia, son vínculos: la forma, el porte, el movimiento del cuerpo, la conveniencia recíproca entre voz y argumento, la coherencia armónica de los

comportamientos y la fortuna y el entrecruce casual de las simpatías que vinculan no sólo a los hombres entre sí, sino también a los animales entre sí y con los hombres. En dichas simpatías encuentra explicación el hecho de que, por impronta natural, el niño que ve una serpiente, el cordero que ve un lobo, sin necesidad de noción o experiencia alguna precedente, son presas de un terror mortal; mientras que si ve un buey o una oveja juega y se divierte con ella.

Hay también perfumes y aromas por los cuales hombres y espíritus son tocados de maneras diversas: he conocido personas que reaccionaban horrorizadas al olor del musgo, o de alguna otra sustancia universalmente agradable, al punto tal de desvanecerse, turbadas en sus espíritus; y he conocido a un hombre que experimentaba un placer extraordinario llevándose sus dedos con chinches aplastadas a la nariz. En definitiva, hay variedad de ligazones para cosas varias y no solamente los opuestos sino también los diversos se vinculan entre sí.

En el plano de las relaciones civiles, no es el mismo el gusto que un italiano y un alemán tienen por el estilo de los discursos, el cuidado y la ornamentación del cuerpo, la armonía y afabilidad de las costumbres; pero puede suceder que un italiano se destaque por tener, para decirlo de algún modo, carácter alemán (o un alemán, carácter italiano). Aquí se presentan las dificultades y se requiere prudencia para ligar en el plano de las relaciones civiles, especialmente cuando los vínculos se lanzan no sobre la multitud sino sobre un individuo: en efecto, es más fácil ligar a muchos que a uno y el tiro de un cazador de pájaros podrá cargarse con más aves si tira al montón que si lo hace apuntando, aún con una mira bien calibrada, a uno entre muchos.

VI. Las puertas de los vínculos.

Los sentidos son las puertas a través de la cual se lanzan los vínculos. De aquellos la vista es la puerta principal, la más digna; los demás

pueden ser más apropiados en relación a la variedad de objetos y a sus potencialidades: así, el tacto es conquistado por la tierna suavidad de la carne; el oído, por la armonía de la voz; el olfato, por el perfume de la respiración; el alma, por la música de los comportamientos; el intelecto, por la claridad de las demostraciones.

Vínculos diversos se asoman por ventanas diversas y tienen diverso poder según las personas: por ello, hay quien experimenta placer cultivando un cierto interés, hay quien lo experimenta cultivando otro. Y no se da a partir de todas las cosas el vínculo del mismo modo, ni del mismo modo a todas se aplica.

VII. Los géneros de los vínculos.

Se comprende que hay tantos géneros y variedades de vínculos como tantos son los géneros y variedades de lo bello. Estas variedades son tantas como tantas son las variedades de las cosas significativas según las especies. Añade, además, que dentro de cada especie singular, la variedad de situaciones particulares requieren modalidades de ligazón diversas: el hambriento padece el vínculo del alimento, el sediento el de la bebida, el repleto de semen aspira a Venus; hay quien aspira a una especie sensible y hay quien a una inteligible; uno a una especie de la naturaleza y otro a una del arte; el matemático está fascinado por las cosas abstractas, el práctico por las concretas; el eremita se masturba en el sueño por una belleza lejana mientras que el hombre de familia es atraído por una belleza presente.

Como quiera que sea, existen siempre ligazones diversas para diversos individuos de acuerdo a cada género; por añadidura, los mismos vínculos no se cargan con la misma potencia sino que dependen de la parte de donde provienen: yo experimento la fascinación por la música ejecutada por un muchachito o un adolescente, en menor medida me agrada la ejecución de una muchachita o de un hombre maduro. La fuerza te liga a un hombre, al dar de este una impresión

de grandeza, pero de ninguna manera a una mujer; la muchacha te liga con la simplicidad y el recato, pero si un adulto tiene estas características te desanuda y lo encuentras cada vez menos agradable.

VIII. La medida de los vínculos.

En el plano de las conversaciones civiles, los oradores, los cortesanos y aquellos que de algún modo conocen los usos del comportamiento, vinculan con mayor eficacia cuando operan disimulando clandestinamente el artificio; no agrada a aquel que ostente un lenguaje amanerado o un saber entretejido puntillosamente de minucias; disgustan los vestidos llevados con demasiada meticulosidad o excesivo arreglo, los cabellos enrulados y los ojos, los gestos y los movimientos siempre controlados según las reglas de los modales: alguien que así se comporte no puede no disgustar. También una elocuencia pública de este tipo sería asimismo criticada por ser demasiado elaborada y amanerada.

Este estilo, a decir verdad, se debe a la pereza y la escasez de ingenio y juicio: ya que no es un elemento menor del arte el saber hacer uso de ella disimulándola. Por consiguiente, no es sabiduría elegante la de aquel que en toda ocasión y con todas las cosas hace de sabio, así como no está adornado con elegancia quien lleva anillos y gemas en todos sus dedos ni tiene buen gusto quien sostiene su andar cargado con una multitud de collares de todo tipo. A propósito de esto, es útil reflexionar sobre el hecho de que el fulgor luminoso apaga el fulgor luminoso, y así la luz no luce, ni resplandece, ni fulgura; en suma, no agrada si no produce sombras. Además: los adornos no son nada si no se adecuan a lo que debe ser adornado y recibir forma. Se deduce que el arte no está escindido de la naturaleza y que el artificio no puede desconocer la simplicidad.

IX. Descripción del vínculo.

Para Platón el vínculo es belleza según género o acuerdo de formas, para Sócrates excelencia de la gracia espiritual, para Timeo tiranía ejercitada sobre el alma, para Plotino privilegio de la naturaleza, para Teofrasto¹⁰ engaño secreto, para Salomón «fuego escondido, aguas furtivas», para Teócrito ebúrnea ruina, para Carnéades¹¹ reino pleno de angustia: para mí tristeza alegre, hilaridad triste. Y por las razones ya expuestas en la introducción a esta parte, las otras descripciones de sentimientos y las otras especies de vínculo presentan analogías con este sentimiento y este vínculo.

X. Distribución de los vínculos.

Al acto perfecto están vinculadas las cosas perfectas, al acto noble las cosas nobles o ennoblecidas; al acto imperfecto y defectuoso aquellas en las cuales hay algo de imperfección y defecto. También por esto es que se ha dicho más arriba que en el destinatario del vínculo debe haber algo del vinculante. A una muchacha casta, en la cual no existe germen alguno de estímulo, no hay artificio o estrella capaz de inducirla al amor de los sentidos si no hay antes caricias, abrazos y finalmente una ayuda a la mano de quien la liga y un pasaje de algo desde la mano del vinculante a la de ella. No hablaré de la muchacha todavía inmadura.

En todos los actos se requiere, por así decir, un germen del acto, y no todos germinan en todas partes. ¿Quién no desperdicia su tiempo intentando enredar a un enfermo, un viejo, un impotente, un castrado (y sus contrarios para los que están opuestamente dispuestos)? La valoración es análoga en lo que respecta a las ligazones de sociedad.

¹⁰ Discípulo de Aristóteles.

¹¹ Filósofo escéptico de Grecia antigua (214 a.C. - 120 a.C.).

XI. El grado de los vínculos.

Desde el punto de vista de lo universal, las cosas están dispuestas de modo tal que se hallan en relaciones recíprocas, en una suerte de coordinación, a través de las cuales se realiza el pasaje de unas a otras en un continuo fluir. No obstante esto, algunas cosas están en relaciones recíprocas inmediatas (por ejemplo, los individuos de una misma especie, debido a la propagación natural) y los vínculos son entre ellas familiares, intrínsecos y sin complicaciones, mientras que otras se subordinan recíprocamente con ciertas mediaciones y para ellas es necesario el atravesamiento, en cierto sentido la perforación de todas estas mediaciones, para que desde el vinculante los vínculos alcancen al destinatario: es así que los Numenes, a través de la donación de cosas y el favor de ciertas mediaciones distribuibles, influyen sobre las cosas inferiores y las ínfimas y, finalmente, las vinculan a sí; recíprocamente, en una suerte de correspondencia natural o racional, las cosas inferiores se alzan, como en un acto de obsequio, para ligar a sí, de acuerdo a sus posibilidades, las cosas superiores y sublimes. Y puesto que varias son las especies de las cosas y sus diferencias, así también varios son sus tiempos, lugares, mediaciones, vías, órganos y funciones. Y es facilísimo retener este dato de hecho para cualquier tipo de vínculos y de vinculables, y extraer de él las debidas consecuencias.

XII. La grandeza del vínculo.

En todas las cosas reside una fuerza divina, el amor, padre, fuente, Anfirite¹² de los vínculos. No por casualidad Orfeo y Mercurio lo llaman gran demonio, porque en verdad toda la sustancia y consistencia y, para usar un término difícil, la hipóstasis de la realidad es una especie de gran vínculo. Y nosotros alcanzaremos el nivel más alto y primario de la doctrina de los vínculos cuando volvamos nues-

¹²Una de las Nereidas, esposa de Poseidón y madre de tritón.

tros ojos hacia el orden del universo: allí, por medio de este vínculo, las cosas superiores proveen a las inferiores, las inferiores se vuelven hacia las superiores, las iguales se asocian en vínculo mutuo y, finalmente, se celebra la perfección del universo en conformidad a la razón de su forma.

XIII. El efecto principal del vínculo.

Un único amor, por lo tanto un único vínculo, hace de todas las cosas una cosa; pero adquiere rostros diversos en las diversas cosas. Así pues, una idéntica realidad liga de manera distinta las distintas cosas. Es por ello que de Cupido se dice que es superior e inferior, nuevísimo y antiquísimo, ciego y de vista penetrante: él, por un lado, obra para que todas las cosas, de acuerdo a sus respectivas potencialidades, permanezcan soldadas en sí mismas y no se separen de sí, con el objeto de perpetuar la especie; pero luego, debido a las vivencias de los individuos, hace que las realidades en cierto sentido singulares se separen de sí, visto que todo aquel que ama desea ardientemente transferirse en el objeto amado, y que en sí mismas también se disuelvan, se abran de par en par, visto que todo aquel que ama quiere apasionadamente acoger en sí al amado y empaparse de él.

De modo tal que el vínculo es una condición por la cual las cosas quieren estar donde están y no perder lo que tienen y, contemporáneamente, estar en todas partes y tener lo que no tienen: lo cual se deriva de una forma de complacencia por lo poseído; de una forma de deseo y apetito por lo distante y lo posible; de una forma de amor por la totalidad de lo real. Pues la sed de tener y entender del individuo no se aplaca con la posesión de un bien y de una verdad simple y determinada, sino que mira, como a objetivos que le son propios, al bien universal y a lo verdadero universal. Deriva de ello que una potencia determinada en una materia determinada

experimente al mismo tiempo la concentración y la dispersión, el empobrecimiento, la disipación.

Esta es la condición general del vínculo, que observarás según la variedad de las especies.

XIV. La calidad del vínculo.

El vínculo en sí no es bello ni bueno: es, de hecho, el medio del que se valen todas las cosas (y cada una singularmente) en la persecución de lo bello y lo bueno; la conexión de aquello que recibe con aquello que es recibido; de aquello que da con lo que es dado; de lo vinculable con lo vinculante, de lo deseable con lo deseante. Pero aquello que desea lo bello y lo bueno está privado de ambos, en la medida en que los desea, y por lo tanto, en esa misma medida, no es ni bello ni bueno. Por ello, desde este punto de vista, saca una conclusión equivocada el peripatético al sostener que la materia es fea y mala porque, deseando lo bueno y lo bello, da testimonio de carecer de ambos. Aristóteles, más cautamente, la definió «como fea», «como mala», y no de manera pura y simple. Pero en verdad no se define como bello o feo, como bueno o malo, aquello que, como la materia, tiende y se mueve igualmente hacia el bien y el mal, hacia lo feo y lo bello. Si la materia fuese mala, sería contrario a su esencia aspirar al bien; y lo mismo si fuese naturalmente fea, etc.

Pero quienes filosofan más profundamente entienden lo que hemos aclarado en otro lugar: esto es, el modo en que la materia contiene en el propio seno el comienzo de todas las formas, de modo tal que desde allí produce y emite a todas; y el hecho de que aquella no es pura privación que acoge en sí todas las cosas externas como si fueran casi extranjeras: más allá del regazo de la materia, en verdad, no existe forma alguna, todas se ocultan en él y desde él, y a su tiempo, todas brotan. A quien, por tanto, reflexione sobre el vínculo desde el punto de vista de sus aplicaciones civiles y según todas las perspectivas, debe

quedar claro que en toda la materia, o en una parte de ella, en cada individuo o en el individuo singular, viven en estado latente todos los gérmenes de las cosas y, en consecuencia, con hábil artificio, se pueden activar las aplicaciones de todos los vínculos. Y en uno de los treinta incisos hemos enseñado de qué manera tiene lugar esta transformación y aplicación general.

XV. Generalidad o universalidad del vínculo.

A lo que acabamos de decir le sigue que el amor con el cual amamos, la fuerza deseante con la cual todas las cosas desean, es algo intermedio entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo; no, pues, no bello, no feo, sino ciertamente bueno y bello según un cierto nivel de participación y comunicación. El vínculo de amor, en efecto, tiene su raíz en los principios activo y pasivo, de acuerdo a la razón común por la cual todas las cosas, sea que obren o que padezcan, sea que hagan ambas cosas, claman por orden, cópula, unión y perfección, y sin aquel vínculo nada es, del mismo modo que sin naturaleza nada es.

No por ello el amor es señal de imperfección cuando se observa la materia y el Caos anteriores a que las cosas tomaran forma: en verdad, todo aquello que en el Caos y en la materia en bruto elucubrada por los filósofos se dice que es amor, se dice al mismo tiempo que es perfección; mientras que todo lo que allí se identifica como no ser, desorden e imperfección, se entiende también que no es amor. Queda establecido, pues, que el amor es, donde sea, cosa perfecta y que el vínculo de amor testimonia la perfección donde quiera que sea: puesto que, cuando una cosa imperfecta ama ser conducida a la perfección, ella persigue su objeto, ciertamente, a través de la imperfección pero no a partir de la imperfección, sino mejor desde una especie de forma de participación de la perfección; y desde una luminosidad divina; y por un objetivo de más alta na-

turaliza; y tanto más vivazmente cuanto más vigorosa es la calidad de su deseo: puesto que lo que es más perfecto se inflama más ardorosamente de amor por el bien supremo que aquello que es imperfecto.

Perfectísimo es, pues, el principio que aspira a devenir todas las cosas y es arrastrado no hacia una forma particular y una perfección particular, sino hacia la forma universal y la perfección universal: esto es la materia universal, fuera de la cual no se da forma alguna y en la cual potencia y energía deseante y disposición se hallan en todas las formas; y aquella que no podría acoger siquiera dos de estas, las acoge a todas en una suerte de eterna alternancia. Por consiguiente, algo de divino hay en la materia, así como algo de divino hay en la forma, la cual o es nada o es parte de la materia. Nada por fuera de la materia o sin la materia, así como el poder hacer y el poder ser hecho son una sola e idéntica cosa y se basan en un único e indivisible fundamento y junto se da y junto se quita aquello que todo puede hacer y aquello que puede ser totalmente hecho. Una sola es la potencia absoluta tomada en sí (no importa cuál sea luego la potencia en particular, y la de los compuestos, y la accidental que ha confundido los sentidos y las mentes de los peripatéticos, con algunos de sus secuaces monásticos), como hemos ya argumentado de forma más analítica en el escrito *Sobre el infinito y el universo* y más rigurosamente en los *Diálogos del Principio y del Uno*, concluyendo que no es errada la opinión de David da Dinanto y de Avicébron¹³ en la ópera *Fuente de vida*: él la toma de los árabes, que no dudaron en conferir también a la materia el apelativo «Dios».

¹³ Poeta, moralista y filósofo judío (Málaga 1020 – Zaragoza 1070).

XVI. Comparación de los vínculos entre sí.

El más importante de todos es el vínculo de Venus, a ser especificado según el tipo de amor, y a cuyo equilibrio y unidad concurre, en primer y más importante lugar, el vínculo de odio. Puesto que, en la medida en que amamos uno de los opuestos o contrarios según el género, en la misma medida odiamos y despreciamos al otro. Estos dos sentimientos, aunque en definitiva sean un único sentimiento —el amor—, en cuya sustancia está incluido también el odio, domina a todos, sobre todos, y los activa, los dirige, los regula y los gobierna. Este vínculo disuelve todos los otros vínculos; así pues, bajo su construcción el ser de sexo femenino no tolera a las demás hembras y los machos rivalizan entre sí; descuidan los alimentos, la bebida, y hasta la misma vida, y ni siquiera vencidos renuncian, más aún, aplastados por los más fuertes es más intenso su ardor, y no temen a las lluvias ni a las heladas. Partiendo de consideraciones de este tipo, Aristippo¹⁴ señaló el bien supremo en el placer del cuerpo, en particular en el venéreo; pero, por sugestión del temperamento personal, un hombre se le aparecía a él más estático de lo que es.

Sigue siendo cierto, de todas maneras, que un fascinador lo suficientemente vivaz y sagaz, partiendo de lo que el destinatario de su ligazón o vínculo ama y odia, se despeja el camino hacia los vínculos de otras pasiones: puesto que, realmente, el amor es el vínculo de vínculos.

XVII. El tiempo y el lugar de los vínculos.

Así como no siempre ni en cualquier lugar, sin importar cuántas buenas semillas se esparzan, se consiguen cosas nuevas, del mismo modo tampoco los vínculos que deben enredar tienen siempre y donde sea la virtud de la eficacia. Sino más bien en su debido tiempo y con la adecuada disposición de los destinatarios

¹⁴ Filósofo hedonista griego (Cirene 435 a.C. – 366 a.C.).

XVIII. La distinción del vínculo.

No existe un vínculo puramente natural o puramente voluntario, en el sentido en que el vulgo distingue entre naturaleza y voluntad. En la voluntad, de hecho, participa el intelecto, y el intelecto obra en cualquier caso desbordando los límites de la voluntad, excepto allí donde existe el vacío, como hemos demostrado en otros lugares: de lo cual se deduce que se llevan adelante numerosas disputas en vano. En nosotros, desde el punto de vista de la razón, existen tres variedades de vínculos: natural, racional, voluntaria (si bien todos se apoyan sobre una única raíz natural). Por lo tanto, en parte, no estamos en condiciones de controlar una variedad de vínculos con otra. En consecuencia, las leyes de los sabios no prohíben amar, sino amar irracionalmente; las charlatanerías de los estúpidos, en cambio, imponen irracionalmente los términos de la razón, y condenan así la ley de la naturaleza: cuanto más corruptos son ellos, más corrupta la declaman, con la consecuencia de que los hombres no se elevan por sobre la naturaleza como héroes, sino que se rebajan como bestias y por debajo de toda humana dignidad.

XIX. Formas de avance y ascensión del vínculo.

Para los platónicos, el entrelazamiento del vínculo de Cupido se efectúa de la siguiente manera: en primer lugar, el aspecto de lo bello, lo bueno, etc., encuentra los sentidos externos; en segundo lugar, se concentra en su centro, en el sentido común; en tercer lugar, inviste la imaginación; en cuarto, la memoria. Llegado a ese punto, el alma, por un impulso innato, es capturada por el deseo, por lo que en primer lugar es movida, atraída, atrapada; en segundo lugar, atraída y atrapada, es iluminada por el rayo de lo bello, lo bueno o lo verdadero; en tercer lugar, iluminada y vestida de luces, arde en el deseo de los sentidos; en cuarto lugar, encendida de amor brama por unirse al amado; en quinto lugar, uniéndose, se mezcla e incorpora en él; en

sexto lugar, incorporada, se extravía de aquella su forma primera y, en cierto modo, se abandona y se viste de cualidades extrañas; en séptimo lugar, se transforma completamente, asumiendo la cualidad del objeto al que ha pasado luego de haber sido motivada por aquel.

Los platónicos definen como preparación la primera atención al impulso de Cupido, conversión al nacimiento de Cupido, iluminación al hecho de nutrirse de Cupido, ascensión de la llama al desarrollo de Cupido, contacto a la fuerza apasionada de Cupido, incorporación al imperio y dominación de Cupido, metamorfosis al triunfo de Cupido, al punto de llegada de su recorrido.

XX. Las bases de las ascensiones de los vínculos.

He aquí dónde se apoya cada uno de los peldaños de esta ascensión: el nacimiento de Cupido se efectúa en el cuerpo (nutrición, delicadezas, lujo), luego en el alma, donde se alimenta de las fascinaciones del espíritu, de las fantasías, lascivas o dignas de mayor consideración —en las cuales la belleza se presenta adornada de gracia—. La comida de Cupido, que impide su extinción una vez que ha nacido, es el conocimiento de lo bello; pero el alimento que lo hace crecer es la meditación, el demorarse de la fantasía sobre la belleza que se ha conocido. La fuerza apasionada de Cupido nace del hecho de que el alma se desliza desde una parte del amado, y se pierde en todas las otras; así, del todo proviene su llama. El imperio de Cupido hunde sus raíces en la condición por la cual el alma del amante, abandonado el cuerpo que le es propio, vive y obra en el cuerpo de otro. La metamorfosis de Cupido es completa cuando uno muere para sí y vive de la vida de otro, al punto tal de residir en ella no como en casa ajena, sino propia. Esto significan los mitos que narran cómo Júpiter se transformó en toro, y Apolo en pastor, y Saturno en caballo, y otros dioses en otras formas: a continuación de un movimiento de sus afectos o más bien de una agitación, el alma pasa de una forma o especie de vínculo a otra.

XXI. La condición de los vínculos.

Hay algunas exterioridades que tienen el poder de ligar: regalos, actos de cortesía, honores, favores. Pero ligan realmente cuando no consisten en una oferta hecha casi para comprar, como respuesta, como intercambio de amor: la evidencia del intercambio mercantil indica una innoble búsqueda interesada y tiene como resultado el desprecio.

XXII. La propiedad de los vínculos.

Vínculos auténticos y particularmente eficaces son aquellos que se efectúan por acercamiento de los contrarios, según una modalidad que podemos ahora describir con un ejemplo, mejor que con una definición o un término (desconocido): el alma humilde y dispuesta a homenajear encadena el alma soberbia, puesto que el soberbio ama a aquel que lo considera grande, tanto más cuánto más grande es quien lo estima (hay mayor valor, en efecto, en la estima que recibimos de los grandes que en la de los pequeños, cuya admiración hasta solemos despreciar). Quien vincula con perspicacia sabe intuir el aspecto por el cual el soberbio se siente superior. Toma como ejemplo a los guerreros: ellos aspiran a la primacía en la fuerza y en la resistencia física, y por ello no se molestan si no les atribuyes la primacía en la riqueza o en la agudeza de intelecto. Lo mismo para los filósofos: se dan glorias por el conocimiento de la realidad y para ellos es absolutamente tolerable que no se los exalte por su coraje. El mismo tipo de consideraciones vale para el lanzamiento de otros tipos de vínculos.

XXIII. La gracia de los vínculos.

Los vínculos hacen nacer el deseo de un comportamiento de gratitud recíproca. Utilizo un vínculo a modo de ejemplo: nace un lamento entre los amantes cuando se presume que existe una situación de deuda. El amante denuncia la deuda a la amada, pidiéndole que le

restituya su alma sustraída, ya que él, muerto en el cuerpo propio, vive en el ajeno; o bien, si el amante acaricia poco a su amada, esta se queja por estar siendo descuidada; y el amante se lamenta con la amada, si * * *

[Aquí se interrumpe el manuscrito que nos ha llegado de
De los vínculos en general.]